

RESEÑAS

JEAN-LOUIS GUEREÑA, *La prostitución en la España contemporánea*, Madrid, Marcial Pons, 2003, 472 pp.

Este ambicioso estudio se refiere a una temática, la de la prostitución en la época contemporánea española, que hasta no hace mucho tiempo apenas si había sido abordada por la historiografía, aunque sí desde otros enfoques como el de la medicina, la moral, etc. Afortunadamente este vacío comienza a verse relleno desde perspectivas disciplinares muy diversas, como el derecho, la historia de la literatura, de género o la historia de la sexualidad, que a su vez formaría parte de una historia social renovada e integradora, en la que el autor se propone inscribirla, sobre la que, por desgracia, poco conocemos todavía por lo que respecta a la España contemporánea, pese a estudios muy valiosos, como el de F. J. Vázquez y A. Moreno Mengíbar. Dicha inserción está muy presente en los planteamientos metodológicos de Guereña, aunque sus propósitos se vean en buena medida limitados por la naturaleza de las fuentes disponibles que consisten sobre todo en los reglamentos municipales de la prostitución o en la desigual documentación existente acerca de su aplicación.

Son más ricas, en cambio, pero más escasas, otro tipo de fuentes, de carácter literario o autobiográfico que en las ocasiones en que tiene oportunidad de hacerlo, el autor maneja con gran agudeza, como por ejemplo, a la hora de enfocar los burdeles como un espacio peculiar de sociabilidad. Pero en todo caso, la obra que aquí se reseña es admirable por su rigor histórico, su enorme erudición y la valentía que supone adentrarse en un tema de naturaleza escabrosa y por eso mismo, vedado hasta hace poco por la censura y el pudor hispánicos. Es un libro que da la medida de la capacidad de trabajo y de la pluralidad de saberes e informaciones que el hispanista Jean-Louis Guereña ha logrado acumular en su dilatado contacto con la historia contemporánea española.

El libro se centra en lo que su autor no duda en calificar como la «edad de plata de la prostitución reglamentada», desde el primer reglamento contemporáneo fechado en Zaragoza en 1845, hasta prácticamente 1956 en que se retorna a una legislación abolicionista (con el paréntesis 1935-1941), que ya había estado formalmente en vigor desde el siglo XVII. Anteriormente, durante la Edad Media y parte de la Moderna, la prostitución había sido una actividad legal y regulada por los poderes locales y habría vivido su «edad de oro». Ahora bien, tras su abolición por Felipe IV, en el clima de «reforma de costumbres» inspirado por los jesuitas, una serie de factores van a poner de nuevo sobre el tapete desde las últimas décadas del siglo XVIII, la conveniencia de su control y reglamentación,



destacando en este sentido los argumentos de Francisco Cabarrús y del médico Antonio Cibat y, más adelante, los proyectos sanitarios del Trienio Liberal. ¿Cuáles eran esos factores? La creciente visibilidad de la prostitución callejera; la propagación de las enfermedades venéreas, acentuada en coyunturas como la Guerra de la Independencia; la influencia de los criterios higienistas o, también la función de válvula de escape para la fogosidad masculina que, desde los planteamientos de la nueva moral sobre la familia burguesa debería desempeñar una prostitución controlada y reglamentada y que de no existir podría hacer proliferar los ataques contra la virginidad de las jóvenes honestas así como espectáculos intolerables para las familias. La prostitución, pues, pese a ser enfocada como un hecho censurable, como un mal social, debería ser tolerada, aunque sometida a control para así prevenir consecuencias mucho más graves. Ello se compaginaba, no obstante, con un rechazo y un desprecio radicales hacia las mujeres que se dedicaban a esta actividad.

El *reglamentarismo*, como lo califica el autor, ya venía delineado con claridad en sus aspectos esenciales en los proyectos citados: así, el retorno de las antiguas mancebías, en tanto únicos espacios tolerados para el ejercicio de la prostitución, como pedía Cabarrús en sus *Cartas*, o el empadronamiento, la vigilancia periódica de las prostitutas, la posesión de una cartilla sanitaria y en definitiva, un control constante por parte de las autoridades, como proponía el también afrancesado Cibat en su *Exposición*. Estas medidas de control fueron también recogidas en el *Proyecto de Reglamento general de Sanidad* de 1822, elaborado por la comisión de salud pública de las Cortes, aún cuando no llegaba a proponer el restablecimiento de las mancebías. Estas propuestas, sin embargo se revelaron como prematuras, y la prostitución siguió siendo enfocada como un delito contra la moral pública y que como tal era competencia de la policía, debiendo procederse al encierro o expulsión de quienes la practicaban.

Pero la extensión de las enfermedades venéreas y la corriente reglamentista imperante desde hacía tiempo en otros países, como Francia, y de la que se tenía cumplida noticia (así, del libro de *Parent-Duchatelet* sobre la prostitución en París) hicieron surgir propuestas de *policía médica* en las décadas de 1830-1840, la cuestión de la prostitución y de su reglamentación se debatió en varias Academias de Medicina y se entablaron polémicas a favor o en contra como la que mantuvieron Pedro Felipe Monlau y Juan Magaz y Jaime. Es significativo, por otra parte, del cambio de actitud que lentamente se estaba operando, el que el Código Penal de 1848, no persiguiese específicamente la prostitución, señalando su inspirador, Joaquín Francisco Pacheco que esa era más bien cuestión de reglamentos y ordenanzas. Entre tanto, algunos jefes políticos, como Pedro Sabater, en Madrid, optaron, antes que por la represión, por la concentración de las prostitutas en algunas calles o barrios, lo cual facilitaría su control y vigilancia.

En sucesivos tanteos y de forma insegura y no siempre coordinada, la reglamentación se abrió finalmente paso durante el reinado de Isabel II, a partir de lo que Guereña considera el primer ejemplo contemporáneo, las *Disposiciones* adoptadas en 1845 por el gobernador de Zaragoza, Antonio Oro, para la vigilancia de prostitutas y encubridoras. Unas medidas que conllevaban el establecimiento de una matrícula, el nombramiento de cuatro médicos encargados de las revisiones, el control de los movimientos de las prostitutas y el pago de una cantidad por visita médica, todo lo cual anunciaba ya el sistema de higiene especial que se implantará en España desde el Bienio Progresista. Ese ejemplo fue seguido pronto en Madrid, con el prolijo reglamento redactado a instancias del gobernador Patricio de la Escosura, pero que reflejaba, muy probablemente, los criterios del Consejo de Sanidad del Reino. Entre tanto, es significativo que la prostitución reapareciera como tema literario en la novela de folletín y en los artículos costumbristas, al tiempo que hay constancia de la circulación de novelas clandestinas, como *Las putas y alcahuetas de Madrid* o *la tripóna* en las que, entre otras informaciones, se proporcionan datos sobre los gustos sexuales de la clientela.

El hecho de que devenga materia novelable revela la importancia social que estaba adquiriendo el tema de la prostitución. Pero fue sobre todo a partir del Bienio Progresista, como ya se ha dicho, cuando arrancó definitivamente la reglamentación, perfilándose medidas como el registro de prostitutas, las visitas sanitarias obligatorias, la acotación estricta de estas prácticas a un espacio vigilado; el sometimiento de las casas de citas a unas exigencias de localización, funcionamiento, horarios, discreción exterior, entre otras; el pago de unas tasas por el ejercicio de la actividad, etc., que Guereña estudia a partir de las distintas normativas que se aplicaron en Madrid (destaca, sobre todo, la de 1865, que se convirtió en referencia obligada para las de otras ciudades), pero también en provincias, donde se detiene particularmente en el caso gaditano, uno de cuyos reglamentos, el de Jerez de 1855, estuvo inspirado por el fourierista Ramón de Cala.

La noción de *higiene especial*, aunque aparecida ya en 1865, se popularizó a partir del Sexenio Democrático como eufemismo médico para designar la prostitución sin nombrarla directamente y estuvo en vigor en el lenguaje administrativo hasta 1918, en que fue reemplazada por la de profilaxis de las enfermedades venéreas. En todo caso, su uso parece marcar un ascendente mayor de los médicos higienistas sobre las autoridades policiales en el tratamiento de la prostitución, una orientación por otra parte avalada por las recomendaciones de los congresos médicos internacionales. Independientemente de ello, la competencia sobre estos servicios de higiene especial —que, no debe olvidarse, eran una fuente importante de ingresos, de contabilización muy opaca—, se la disputaron los ayuntamientos y los gobiernos de provincia, siendo municipalizados durante un breve tiempo, 1889-1892, por iniciativa del liberal Trinitario Ruiz Capdepón. Pese a lo efímero de la medida, tuvo la virtud de generalizar definitivamente el sistema reglamentista, adoptándolo municipios que hasta entonces no lo habían hecho. Pero lo que no terminaba de abrirse camino era una norma de carácter general que uniformizase los distintos servicios existentes, aunque esta carencia se corrigió desde 1908, con el *Reglamento provisional de higiene de la prostitución*. También se creó, aproximadamente por esa misma época, una brigada especial de la policía para vigilar el cumplimiento de los reglamentos y disposiciones de higiene especial.

No entraremos aquí, pese a la riqueza de datos que maneja el autor, en lo que denomina la «cronología y geografía reglamentaristas» en este periodo que va del Sexenio Democrático a la II República, pero sí señalaremos dos aspectos interesantes en el estudio de esta larga etapa como son el acercamiento a una sociología de las prostitutas y la relevancia que adquiere como tema literario la prostitución en el naturalismo español. En efecto, para la escuela naturalista influida por Émile Zola, la prostitución se convirtió, como dice Guereña, en «materia novelable, sin tapujos ni eufemismos». El recurso a esta temática por los López Bago, Sánchez Seña, Vega Armentero no puede separarse del auge coetáneo de las colecciones de divulgación sexual o del desarrollo de una literatura erótico-pornográfica clandestina.

A poco de consolidarse el sistema de higiene especial, empezó a abrirse paso en España la voz, muy minoritaria, de quienes rechazaban esa legalización de hecho de la prostitución. Se trata de un tema apasionante y uno de los capítulos del libro más sugerentes y donde se pone de manifiesto mejor la erudición del autor. El abolicionismo fue impulsado en Europa por la feminista protestante Josephine Butler, teniendo como argumentos principales la ilegalidad, incluso inmoralidad del reglamentarismo en un estado de derecho, la profunda injusticia que comportaba hacia la mujer, su ineficacia en los planos sanitario y moral o, en fin, la voluntad de erradicar el problema venéreo mediante una legislación que atajara sus causas y también por medio del acento puesto en la educación moral de las prostitutas.

Estas doctrinas se beneficiaron, para su introducción en España, de la red de pastores protestantes, a menudo extranjeros (aunque también españoles, como Segundo Sabio del Valle), que se organizó tras la *Gloriosa*, y del apoyo de masones y republicanos (que también se implicaron en las

paralelas campañas de la abolición de la esclavitud), especialmente desde la llegada al poder de Sagasta, en 1881, gracias a los cuales pudieron crearse secciones españolas de la Federación de J. Butler. Pocas mujeres hubo en estos primeros pasos del abolicionismo español, pese a que Concepción Arenal mostró un vivo interés por el movimiento y a que los núcleos pioneros de la Federación fueron impulsados por una aristócrata suiza de origen español, seguramente Julia Hellwig. Con posterioridad a estos esfuerzos encontramos una vertiente oficial del abolicionismo, consistente en el Patronato para la represión de la trata de blancas, creado en 1902 bajo los auspicios de la reina regente y en cuya junta directiva sí había numerosas mujeres, pertenecientes casi todas a la aristocracia. Sería no obstante durante la II República, aunque de forma efímera y sin pretender conseguir unos resultados tangibles, cuando se decretó, en 1935, la supresión de toda forma de reglamentación y se declaró ilícito el ejercicio de la prostitución como medio de vida. Pero las cosas siguieron «exactamente igual que si no se hubiera publicado el Decreto».

La Guerra Civil supuso un recrudescimiento de la prostitución, ante el que poco valieron medidas abolicionistas como la citada. Pese a ello en el bando republicano, junto a un mayor protagonismo de la mujer y una relajación de la moral tradicional, que incidió sobre los comportamientos sexuales, se adoptaron medidas, tanto contra las enfermedades venéreas, convertidas en uno de los mayores azotes del ejército republicano, como también, para acabar globalmente con la prostitución; y aquí Guereña cita la interesante, aunque utópica iniciativa de crear «Liberatorios de Prostitución», impulsada por la organización anarquista, *Mujeres libres*, pero que fracasó completamente. En la zona franquista también el sexo venal se practicó ampliamente, aunque con algunas particularidades como la existencia, en el frente, de una prostitución organizada según grupos étnicos o nacionales. Pero aquí no se reconoció el decreto abolitorio de 1935 y siguió funcionando de facto el sistema reglamentista, que se reimplantó oficialmente por un decreto de 27 de marzo de 1941. Así, como en otros planos relacionados con la moral sexual o con el papel asignado a la mujer, se retornó a modelos tradicionales, surgidos en el siglo XIX, que reafirmaban la división *natural* de roles entre los dos sexos y en donde el burdel jugaba un papel esencial de cara a la estabilidad de la familia cristiana y a la preservación de la virginidad femenina (máxime en una coyuntura en que predominaban los noviazgos largos). El autor aporta interesantes detalles sobre la proliferación de la prostitución en los negros años de la postguerra, hasta llegar a 1956, en que, tras una breve campaña abolicionista impulsada desde medios católicos, el Gobierno abolió el sistema de la reglamentación, aunque ello no iba a suponer el fin de la prostitución, aunque sí su adaptación a una demanda que con el paso del tiempo requería de formas más modernas como *barras americanas*, *masajes eróticos*, etc., una transformación que llega hasta la actualidad y sobre la que Jean-Louis Guereña proporciona un breve apunte final.

Rafael Serrano García

ROY PORTER (ed.), *The Cambridge Illustrated History of Medicine*, Cambridge, Cambridge University, 2001.

Hasta su jubilación, Roy Porter, el editor de esta obra, fue catedrático de Historia social de la Medicina en el Centro Wellcome Trust para la Historia de la Medicina del *University College* de Londres. Y falleció en el 2002, a los 55 años de edad, tras habernos proporcionado un número

importante de aportaciones en el ámbito de la Historia de la Medicina y de la Historia de la Ciencia, que son bien conocidas entre los historiadores de la Medicina y de la Ciencia españoles. De sus numerosas publicaciones, algunas traducidas recientemente al castellano¹, cabe mencionar sus monografías y sus contribuciones como autor, editor, director o coordinador de varios volúmenes de Historia de la Medicina², siendo uno de ellos el que aquí se presenta. Este texto se publicó en 1996 en tapas duras y fue reeditado en igual formato en el año 2000, siendo su primera edición en rústica la que aquí se reseña.

Por su contenido y características, la obra debe encuadrarse en el grupo de los libros de Historia de la Medicina muy generales y amplios. En ella, Porter, plenamente consciente del cuestionamiento sufrido por la Medicina en la segunda mitad del siglo XX a pesar de sus indudables aportaciones en dicho período, se plantea como objetivo principal mostrar el condicionamiento histórico de la Medicina a lo largo del tiempo. Con esta intención se da cuenta en ella de la tradición que arranca de la Grecia clásica, en la que surgió la primera Medicina científica y racional, se examinan las transformaciones operadas bajo el estímulo del Renacimiento y la Revolución científica moderna, se expone la remarcable contribución de la ciencia médica decimonónica y se finaliza señalando los grandes avances habidos en la pasada centuria, con la vista puesta en el futuro más inmediato. La fórmula elegida para efectuar este recorrido histórico ha sido la selección de diez grandes temas que son desarrollados en los diez capítulos que integran el volumen. Cuatro de ellos han sido redactados por R. Porter, y los seis restantes, por figuras de la talla de J. Pickstone, V. Nutton, E. Shorter, K. F. Kiple..., que cuentan con dilatada experiencia en la temática que abordan.

El volumen se inicia con la aportación de Kenneth F. Kiple, que traza una historia de la enfermedad desde la Prehistoria hasta la actualidad, relacionando la aparición y desaparición de los distintos procesos morbosos con los diversos factores (conquistas, esclavitud, urbanización, alimentación, industrialización, estilos de vida) cambiantes que han ido operando sobre la humanidad a lo largo del tiempo. A través de este recorrido, Kiple va reflejando los diferentes modos de enfrentarse y reaccionar las sociedades ante cada nueva situación generada. Creo que es un acierto que el autor finalice su exposición recordando la transformación epidemiológica registrada en el siglo XX, y llamando la atención sobre las falsas expectativas creadas en los años setenta sobre la desaparición de las enfermedades infecciosas, que no sólo no se vieron cumplidas, sino que fueron sustituidas por un resurgimiento de estos procesos, que ha colocado en una situación especialmente grave a los países africanos.

¹ PORTER, R. (2002), *Breve historia de la locura*, Madrid, Turner; PORTER, R. (2003), *Breve Historia de la Medicina. De la Antigüedad hasta nuestros días*, Madrid, Taurus.

² Sin ánimo de exhaustividad, y limitándonos al ámbito de la Historia de la Medicina, cabe citar las obras siguientes: GRANSHAW, L.; PORTER, R. (eds.) (1989), *The Hospital in History*, Londres-Nueva York, Routledge; PORTER, R. (ed.) (1985), *Patients and Practitioners: Lay Perceptions of Medicine in Pre-industrial Society*, Cambridge, Cambridge University; PORTER, R. (1987), *Mind Forged Manacles: Madness and Psychiatry in England from Restoration to Regency*, Londres, Athlone (bolsillo, Penguin, 1990); PORTER, R. (1987), *A Social History of Madness*, Londres, Weidenfeld & Nicolson (bolsillo, 1989); PORTER, R. (1991), *The Faber Book of Madness*, Londres, Faber; PORTER, R. (2000), *Quacks: Fakers and Charlatans in English Medicine*, Stour, Tempus; PORTER, R. & D. (1998), *In Sickness and in Health. The British Experience 1650-1850*, Londres, Fourth Estate; PORTER, D. & R. (1989), *Patient's Progress: Doctors and Doctoring in Eighteenth-Century England*, Cambridge, Polity Press. A ellas habría que añadir el texto más amplio: BYNUM, W. F.; PORTER, R. (eds.) (1993), *Companion of Encyclopaedia of the History of Medicine*, 2 volúmenes, Londres, Routledge.

En el siguiente capítulo, Vivian Nutton nos muestra cómo, a partir de la Medicina clásica griega, se configuró y desarrolló la Medicina científica occidental desde la Antigüedad clásica hasta la Edad Media, ocupándose tanto de lo relativo a su corpus teórico como al aspecto asistencial, así como de lo referente a la formación de los médicos y a los primeros pasos dados en la Edad Media para regular el ejercicio de la Medicina. A lo largo del texto Nutton pone de relieve la influencia que en todo ello ejercieron las religiones —cristiana y musulmana—, y el enorme peso que tuvo la peste.

A continuación, R. Porter, desde una perspectiva constructivista, reflexiona sobre el concepto de enfermedad y los diferentes criterios que se han ido diferenciando y que han permitido definir y configurar la enfermedad desde tres ámbitos distintos y complementarios (biológico, psicológico y social), bajo la influencia de la Medicina y la Sociología. En el texto se subraya el papel que representó el cristianismo, y la relación del dualismo cartesiano con la visión objetiva y ontológica de la enfermedad que se impuso en la Medicina, y que implicó la desaparición del hombre enfermo en el siglo XIX. Ante esta situación, como señala Porter, la sociedad ha acudido a las Medicinas complementarias. El autor revisa también las diferentes interpretaciones causales de las enfermedades elaboradas por la Medicina a lo largo de la historia, y llama la atención sobre los efectos «estigmatizadores» que el proceso de «etiquetaje» del médico puede entrañar para el paciente. De hecho, Porter advierte de las negativas consecuencias que han tenido la medicalización de algunos procesos y la conversión de la Medicina en el brazo del Estado en el caso de los «disidentes» políticos.

Edward Shorter, en el capítulo cuarto, muestra los cambios registrados en la atención prestada por los médicos de familia o generalistas desde el siglo XVIII hasta la actualidad, haciendo especial hincapié en las transformaciones producidas en la relación médico enfermo. Sirviéndose casi exclusivamente de los casos de Gran Bretaña y Estados Unidos, Shorter expone las reacciones de los pacientes frente a las nuevas características del médico como hombre de ciencia, amante de la objetividad y del uso creciente de la tecnología, que rechaza la subjetividad. Me parece un acierto que el autor exponga el surgimiento en los años ochenta del siglo XIX del movimiento *patient-as-a-person* como un modo de afrontar los médicos generalistas su práctica médica en un ambiente dominado por el nihilismo terapéutico. Desde este movimiento se optó por ayudar al paciente no con medicinas, que se consideraban «inútiles», sino mediante el apoyo psicológico brindado por dichos profesionales. Precisamente, el desdén mostrado por los médicos de la segunda mitad del siglo XX hacia esta medida y su mayor confianza en los recursos terapéuticos ha propiciado, según Shorter, la percepción social del médico como una persona arrogante y el aumento de demandas de mala práctica. El autor, sirviéndose igualmente de los casos de Gran Bretaña y Estados Unidos, señala las transformaciones operadas en la práctica médica de los generalistas con motivo del desarrollo del especialismo médico y del cambio de ubicación física de la consulta, así como la influencia ejercida por la implantación del *NHS* británico.

En el capítulo quinto, R. Porter, continuando cronológicamente la exposición de Nutton, describe el proceso de constitución de la Medicina científica moderna y la configuración de la Medicina contemporánea, como respuesta a la insatisfacción generalizada a finales de la Edad Media frente a la Medicina galénica. A lo largo del texto subraya el papel representado por la Revolución científica moderna en el desarrollo de las distintas disciplinas que conforman la Medicina contemporánea y, relacionado con ello, señala la necesidad surgida de que la formación del nuevo profesional de la Medicina sea tanto médica como investigadora.

R. Porter es también el autor del capítulo sexto en el que examina la evolución de las prácticas quirúrgicas y la asistencia hospitalaria desde la Antigüedad hasta nuestros días, señalando las estrechas relaciones entre cirugía y hospitales a partir del siglo XVIII —momento en que se materializó verdaderamente la reforma hospitalaria y se produjo el ascenso social y científico de los cirujanos—. Sirviéndose de los casos de Gran Bretaña y Estados Unidos, muestra los efectos que sobre la

cirugía y la asistencia hospitalaria tuvo la Medicina decimonónica, así como las consecuencias derivadas de la incorporación de la alta tecnología a la práctica médica y del establecimiento del *NHS* británico. Con respecto a esto último, el autor llama la atención sobre su situación de crisis y el efecto de ésta en las características del hospital de los últimos decenios y del futuro.

Miles Weatherall, en el capítulo siguiente, se ocupa del tratamiento farmacológico y del surgimiento y configuración de la Farmacología. Tomando como punto de partida los remedios de la Medicina mesopotámica y egipcia, y reflejando la importancia que tuvieron las aportaciones procedentes del Nuevo Mundo, traza el recorrido hasta la configuración de la Farmacología en el siglo XIX. En mi opinión, es un acierto que se ocupe de los efectos tóxicos de los fármacos, y que examine el creciente papel que están desempeñando los medios de comunicación social en el consumo medicamentoso. Sin embargo, creo que concede poco espacio a las terapias complementarias — escasamente abordadas en el conjunto de la obra—, siendo positivo que llame la atención sobre los peligros de este tipo de terapias si sus efectos se suman a los de los tratamientos de la Medicina occidental. El capítulo habría quedado más completo si se mencionara el importante papel que están representando las farmacopeas de las Medicinas clásicas china e india como fuente y origen de un número importante de los medicamentos comercializados por las multinacionales farmacéuticas en los últimos decenios.

La autoría del siguiente capítulo, dedicado a la enfermedad mental, corresponde también a R. Porter, que sabe plasmar su dilatada experiencia en este tema al mostrar la evolución registrada desde la tradición griega —artística y racional— hasta los años finales del siglo XX. Partiendo de las consideraciones sobre la «locura» de la tradición griega —artística y racional—, da cuenta del punto de inflexión que supuso el cristianismo, y, relacionado con ello, de la aparición de instituciones en los distintos países, en las que, como expuso Foucault, se habría llevado a cabo el confinamiento de los locos y dementes. Tras esta exposición panorámica del movimiento asilar en los distintos países, que incluye también una mención a las principales iniciativas españolas, Porter se ocupa del desarrollo y configuración de la Psiquiatría como disciplina, sin olvidar aspectos tan importantes como el desarrollo de las drogas psicotrópicas a partir de los años cincuenta de la pasada centuria y, en conexión con ello, del surgimiento del denominado movimiento de la Antipsiquiatría.

Las relaciones entre Medicina, sociedad y Estado son exploradas por John Pickstone en el penúltimo capítulo del volumen que estamos reseñando. Desde la consideración de la Medicina no únicamente como conocimiento, práctica, arte de curar y cuidar, sino también como poder, el autor nos ofrece una historia de los poderes (médicos, pacientes, instituciones, compañías de seguros y farmacéuticas, gobiernos,...) en Gran Bretaña, Francia, Alemania y los Estados Unidos, a lo largo de las dos últimas centurias, reflejando ampliamente el efecto de ambas Guerras mundiales en aspectos tan importantes como la creación y desarrollo del *NHS* británico. El autor menciona igualmente el efecto que tuvieron el feminismo y las ideas de los años sesenta.

La obra comentada se concluye con una «mirada hacia el futuro», capítulo que corre a cargo de Geoff Watts y en el que, teniendo en mente la paradoja que se está viviendo en los últimos años cuando conviven el optimismo terapéutico y, a la vez, una progresiva pérdida de prestigio social de la profesión médica y un aumento de las críticas y demandas, el autor nos da cuenta de la terapia génica, de la cirugía realizada por robots, del trasplante de tejidos fetales, de la incorporación del ordenador a la práctica médica, de las posibles implicaciones del conocimiento del genoma, de los dilemas que se están planteando en estos momentos con respecto al papel que la Medicina debería desempeñar en el tercer mundo, etc. Me parece acertado que el autor dedique la parte final del capítulo a señalar la reacción de los pacientes ante esta situación, mostrando cómo éstos han tratado de adaptarse mediante la búsqueda de la calidad de vida, el uso de las Medicinas complementarias y la creación de los grupos de autoayuda.

Como vemos, a través del análisis histórico ofrecido en los diez capítulos que integran la obra que venimos comentando, la Medicina ha sido sometida a un examen casi microscópico, se ha dado cuenta de las fuerzas y poderes que han operado a lo largo del tiempo, reflejándose también las dudas, miedos, fracasos y la situación de crisis que se está viviendo desde finales del siglo XX, señalando las reacciones de la sociedad frente a ello. Complemento importante del contenido de esta obra son las numerosas ilustraciones, mayoritariamente en color, que incluye, la información adicional proporcionada en los recuadros, y los diferentes índices (temáticos, personalidades médicas, cronología, principales enfermedades humanas,...) que facilitan la lectura y enriquecen la obra.

En suma, creemos que, a pesar de su sesgo anglosajón y de las pequeñas carencias señaladas, la obra comentada es un texto de referencia de la Historia de la Medicina, razón por la que, aprovechando la reciente iniciativa de traducir algunas de las obras de Porter, podía ser interesante su traducción al español para facilitar el acceso y hacer llegar su contenido a un público más amplio, integrado tanto por nuestros estudiantes de Medicina como por los que cursan Historia u otras titulaciones y están interesados en obtener un conocimiento acerca de todo aquello que esté relacionado con la salud y la enfermedad y la lucha llevada a cabo por las sociedades a lo largo de la historia.

M^a Isabel Porras Gallo

MARCOS CUETO, *El valor de la salud. Historia de la Organización Panamericana de la Salud*, Washington, DC., Organización Panamericana de la Salud (Publicación Científica y Técnica n^o 600), 2004, 211 pp.

En el año 2002, la Organización Panamericana de la Salud (OPS) cumplió sus primeros cien años de existencia. Dos años más tarde, apareció el libro que ahora comentamos, resultado del encargo que, con motivo de la efeméride fundacional, recibió su autor —Marcos Cueto— de parte de la dirección de la mencionada institución supranacional. Un libro importante porque, al margen de la reconocida solvencia de su autor (*Missionaries of Science: The Rockefeller Foundation and Latin America*, 1994; *El regreso de las epidemias*, 1997), nos da a conocer de una manera clara y concisa, pero rigurosa y suficiente, los avatares históricos de lo que acabaría siendo la oficina regional de la Organización Mundial de la Salud (OMS) para América Latina y Caribe.

Un primer capítulo —«Los orígenes de la salud internacional en el continente americano»—, nos sitúa en el contexto concreto previo a la celebración, en diciembre de 1902, de la Primera Convención Sanitaria Internacional de las Repúblicas Americanas, considerada el germen fundacional de lo que más tarde, en 1959, recibiría el nombre de Organización Panamericana de la Salud. Cueto nos sitúa, como digo, en un momento y en unos lugares en los que la preocupación por la fiebre amarilla, pero también por el cólera procedente de Europa o la peste bubónica que podía llegar de Asia, marcaba una política sanitaria marítima que debía también adaptarse a los intereses económicos de las burguesías exportadoras.

No cabe duda que el desarrollo de las economías de exportación en todo el área, la consolidación de oligarquías comerciales y la emergencia de los estados-nación latinoamericanos significaron cambios políticos importantes. Además, frente al viejo colonialismo europeo, la creciente hegemonía de los Estados Unidos, se caracterizaba por una expansión geopolítica, plagada de intervenciones militares puntuales, la manipulación de los políticos locales (la llamada «diplomacia

del dólar») y el logro de una influencia económica mantenida, en lugar del control político directo. El papel desempeñado por la United Fruit Company de Boston es uno de los ejemplos más característicos que pueden ponerse para ilustrar todo este proceso.

Ahora bien, toda esta potente economía basada en el comercio exigía la modernización y la coordinación del control sanitario a nivel continental. En este sentido, Cueto nos explica cómo la aparición de las iniciativas sanitarias surgidas en ese momento hay que entenderlas en el marco de un panamericanismo emergente que, poco a poco, se irá institucionalizando. Walter Wyman, primer director de la Oficina Sanitaria Panamericana, planteó desde el principio, la necesidad de combinar la protección de la Salud Pública con el mínimo perjuicio de los intereses comerciales. Asimismo, insistió en la importancia de una reforma profunda de la sanidad marítima, integrada en el resto de las actividades portuarias. Esta última cuestión es de gran interés porque implicaba una concepción integrada de la sanidad exterior e interior, de modo que la higiene en los muelles no podía estar al margen de la higiene urbana de las ciudades portuarias. Se destacan en el libro dos ejemplos notables en este sentido: la labor del argentino Emilio Conti en Buenos Aires y la de Oswaldo Cruz en Río de Janeiro.

A partir del segundo capítulo, el libro se centra más en lo que podemos llamar la historia institucional de la Organización. Aunque el autor no hace una periodización explícita de los cien años de sanidad panamericana, lo cierto es que se pueden diferenciar una serie de etapas marcadas por la gestión de los directores que se fueron sucediendo al frente de la OPS, siendo el hilo conductor de la narrativa que Cueto nos propone el estudio en profundidad de las Conferencias Sanitarias Panamericanas. El ya citado Walter Wyman y su sucesor Rupert Blue, ambos médicos militares estadounidenses, dirigieron una serie de Convenciones Sanitarias, las dos primeras en Washington (1902 y 1905), seguidas de las de México (1907), San José, Costa Rica (1910), Santiago de Chile (1911) y, tras el paréntesis de la Primera Guerra Mundial, Montevideo (1920). Marcos Cueto analiza con detalle los avatares organizativos de estas Reuniones, denominadas primero Convenciones y, más tarde, Conferencias; así como las discusiones planteadas, los acuerdos alcanzados, los problemas de salud que más preocupaban, en relación directa con los brotes epidémicos y con las endemias identificadas en cada momento.

A partir de 1920, y hasta 1947, Hugh S. Cumming fue el tercer director de la Oficina Sanitaria Panamericana. Cueto dedica un interesante capítulo de su monografía a estudiar su perfil político y sanitario, así como su obra y los logros de la OPS durante su mandato. Salubrista mundialmente reconocido, Cumming relanzó el panamericanismo como un componente esencial de la relación entre los Estados Unidos y América latina en el contexto de la primera posguerra mundial, un momento crucial en la política expansionista del poderoso «vecino del norte».

Una de las principales contribuciones de la OPS durante la década de los veinte, fue la elaboración del Código Sanitario Panamericano, fruto de los trabajos de la Séptima Conferencia Sanitaria Panamericana, celebrada en La Habana en 1924. Marcos Cueto identifica dicho Código como una de las «primeras y más notables contribuciones al reconocimiento de la salud como un derecho de todos los países y de todas las personas» (p. 58-59); analiza en profundidad sus contenidos, destacando la precisión terminológica y el aporte de criterios claros para organizar la sanidad en los puertos y en las embarcaciones, así como la recomendación de elaborar sistemas eficaces de estadísticas vitales.

Prosigue Cueto desgranando los contenidos de la Conferencias sanitarias celebradas durante los años treinta: Buenos Aires (1934) y Bogotá (1938). En la primera, me parece destacable el abordaje de problemas de salud no relacionados directamente con las enfermedades infecciosas o epidémicas, como los derivados de la altura en determinadas regiones andinas. El fisiólogo peruano Carlos Monge, que había creado un Instituto de Fisiología y Patología Andina en su país, consiguió que una de las resoluciones de la Conferencia de Buenos Aires fuera la recomendación, para los países en cuya geografía existiesen mesetas elevadas donde habitasen grupos de población, fundaran institutos especiales de fisiología y fisiopatología en relación con la adaptación del ser humano a la

altura. Asimismo, muchos de los participantes en la Conferencia sanitaria, lo fueron también de la Segunda Conferencia Panamericana de Eugenesia y Homicultura, con lo que cabe pensar la salud infantil entró de lleno en las inquietudes de los responsables sanitarios de América.

En las Conferencias de Bogotá (1938) y de Río de Janeiro (1942), celebrada esta última en plena segunda Guerra Mundial, no solo se realizaron propuestas diseñadas por las élites científicas, sino que empezaron a apuntarse experiencias concretas de movimientos socio-sanitarios en los que la población participó activamente en la construcción de una salud comunitaria (como, por ejemplo, la experiencia de organización ciudadana de Puno, en el Perú, para luchas contra el tifus exantemático).

Tras la Segunda Guerra Mundial, se producen, como es de sobra conocido, una serie de cambios importantes tanto en la correlación de fuerzas en el plano internacional, como en la política exterior y en las organizaciones supranacionales, con la creación de Naciones Unidas y, en el caso que nos ocupa, de la Organización Mundial de la Salud (OMS). La XII Conferencia Sanitaria Panamericana, celebrada en Caracas en 1947, estuvo dedicada al debate sobre si la OPS debía integrarse o no en la nueva institución sanitaria mundial. La postura de Cumming, contrario a la fusión, chocó frontalmente con la de Parran —jefe de la delegación norteamericana— que, siguiendo instrucciones de su gobierno, respaldaba los organismos especializados de Naciones Unidas. Tras enconados debates y sutiles negociaciones, que Cueto analiza de manera precisa y adecuada, se llegó al compromiso de que la OPS siguiera teniendo autonomía, pero con la consideración de «Oficina Regional de la OMS».

Se iniciaba así una nueva etapa en la trayectoria de la OPS, que entre 1947 y 1959 fue dirigida por Fred L. Soper, doctorado en la Escuela de Salud Pública de la Johns Hopkins y funcionario, durante años, de la División de Salud Internacional de la Fundación Rockefeller. Durante su mandato, se produjo una mayor integración con la OMS. Son interesantes las páginas dedicadas a los intentos de coordinación y colaboración entre ambos organismos, o los intentos de la OPS de aumentar sus efectivos y mejorar la capacidad científica y técnica de los mismos, así como la creación de centros específicos de «excelencia científica» cuya actividad redundase en la salud de los pueblos americanos; así: el Instituto de Nutrición de Centro América y Panamá (INCAP), fundado en Guatemala en 1949, con apoyo de la Fundación Kellogg y la Fundación Rockefeller; o el Centro Panamericano de Fiebre Aftosa (PANAFTOSA), un proyecto de colaboración técnica entre la Organización de Estado Americanos (OEA), con la colaboración de la OPS y el Instituto Interamericano de Ciencia Agrícolas, con el apoyo del gobierno brasileño y de la FAO, que fue puesto en marcha en 1951. Sobre el funcionamiento de estos centros, sus objetivos y sus logros da buena cuenta Marcos Cueto en el libro que comentamos.

Especial importancia en la época en la que Soper fue director de la OPS, fue la puesta en marcha de la «doctrina de la erradicación». Una suerte de luchas sanitarias de gran alcance, una de cuyas primeras experiencias fue la campaña de erradicación de la frambesia, una espiroquetosis endémica en Haití, llevada a cabo en los años cincuenta por el esfuerzo conjunto de la OPS, la UNICEF y el gobierno de Haití. Este modelo de lucha sanitaria, que Cueto explica con detalle, se aplicó más tarde a otras campañas, como la antimalárica, y constituye, sin duda, uno de los logros sanitarios más importantes de su época.

Durante los años sesenta y setenta, la OPS siguió creciendo y afrontando nuevos retos sanitarios. La cada vez mayor complejidad de sus actividades hace que, a partir de este momento, el libro sea menos prolijo y más panorámico, pero ello no impide a su autor ofrecer una visión suficiente de ingente labor realizada. Es de notar que su quinto y sexto directores no fueron estadounidenses, sino latinoamericanos: el chileno Abraham Horwitz y el mexicano Héctor Acuña y que la OPS adquirió una clara orientación socio-sanitaria encaminada, por un lado a establecer vínculos entre los programas de salud y el desarrollo socio-económico, y por otro, a involucrar a la participación

de las comunidades en las actividades de salud. La década de los setenta, con la crisis de la guerra fría, la emergencia de movimientos populares y nacionalistas en todo el continente que cuestionaban la dominación y la dependencia internacional, supuso un momento decisivo en la configuración de nuevos modelos de salud. Así, el modelo de Atención Primaria de Salud, tras la declaración de Alma-Ata de 1978, se reveló como un conjunto de métodos y técnicas que podía poner al alcance de todos los individuos una serie de estrategias encaminadas a la mejora del estado de salud de la población. Independientemente del grado de desarrollo alcanzado por el modelo en los distintos países y de las críticas que puedan hacerse a la voluntad política —y la consiguiente inversión económica— para ponerlo en marcha, lo cierto es que los programas de la OPS derivados de la Atención Primaria de Salud facilitaron, de manera decisiva, la inmunización de amplios sectores de la población, consiguiéndose importantes éxitos en la lucha contra la viruela o la poliomiélitis.

Durante las últimas décadas del siglo XX, la OPS —la sanidad internacional en general— ha tenido que enfrentarse a nuevos retos epidemiológicos, económicos y administrativos que han supuesto una ruptura importante con anteriores paradigmas sanitarios: las enfermedades emergentes y re-emergentes (la epidemia de cólera en Perú en el año 91, el sida, la tuberculosis, etc.); así como las llamadas «reformas de los servicios de salud»; todo ello con el denominados común de la desigualdad. El eterno círculo vicioso entre enfermedad y pobreza, bien conocido por los historiadores de la medicina, aparece tras las últimas crisis del capitalismo extraordinaria nitidez; un círculo vicioso que se hace evidente tanto en la génesis misma del enfermar, como en el acceso de la población a los servicios sanitarios. La privatización y la drástica reducción de los presupuestos en salud y en políticas sociales, preconizados por el Fondo Monetario Internacional y por el Banco Mundial, sobre todo a partir de su *Informe sobre el desarrollo mundial 1993. Invertir en Salud*, hace que el papel de la OMS y de la OPS haya perdido influencia en un contexto internacional regido por el pensamiento neoliberal escasamente sensible al valor de la salud y la solidaridad. De este modo, las dificultades políticas con que tradicionalmente han tenido que enfrentarse los técnicos de las agencias internacionales de salud, cuyas recomendaciones han chocado en no pocas ocasiones con los intereses de los gobiernos y de las burguesías locales, se ven ahora dificultadas por otras instancias, también supranacionales, que controlan el actual Orden Mundial.

Diversas voces se han alzado, desde el ámbito de la salud, contra esta situación: Giovanni Berlinguer, Milton Terris, Vicente Navarro, Asa Cristina Laurel, y un largo etcétera de autores, entre los que se incluye el que esto suscribe,...y, naturalmente, Marcos Cueto, quien, en las últimas páginas de esta excelente historia de la Organización Panamericana de la Salud, concluye que «En un continente marcado por enormes diferencias y contrastes la OPS y los trabajadores de la salud de sus países miembros han logrado afirmar este valor de la salud como una necesidad impostergable de mejorar las condiciones de vida, como un derecho humano fundamental, y como un requisito indispensable para la paz, la seguridad, la tolerancia y la solidaridad» (p. 414).

En definitiva, *El valor de la salud* es un aportación de gran interés a la historiografía médica internacional. Un libro en el que el autor, aun habiendo recibido el encargo de la propia organización historiada, ha sabido con profesionalidad y brillantez componer un ameno relato que no se ha limitado a ensalzar sus grandes e indiscutibles logros, sino que también ha puesto de manifiesto sus dificultades y contradicciones. Un libro, en suma, imprescindible para conocer la historia de la OPS, pero también para reflexionar sobre distintos aspectos históricos y teóricos de la salud pública.

Rafael Huertas

ESTEBAN RODRÍGUEZ OCAÑA, ROSA BALLESTER; ENRIQUE PERDIGUERO, ROSA MARÍA MEDINA, JORGE MOLERO, *La acción médico-social contra el paludismo en la España metropolitana y colonial del siglo XX*, Madrid, CSIC, 2003, 488 pp.

El estudio de la lucha antipalúdica viene a completar, de manera muy cabal, uno de los ámbitos de investigación histórico-médica que con más ahínco y decisión se han cultivado en España en los últimos tiempos: el de la historia de la salud pública y de las luchas sanitarias. La lucha contra la mortalidad infantil, la antituberculosa, antivénebra y antialcohólica, la higiene mental, laboral, etc., han sido objeto de diversos estudios que nos han permitido comprender mejor los avatares organizativos de la salud pública española, así como su proceso de afianzamiento como disciplina científica y como actividad profesional especializada.

La última de esas actuaciones sanitarias, la intervención antipalúdica en España, es analizada en detalle por los autores de esta monografía que, más que un libro colectivo al uso, con capítulos independientes que intentan seguir un hilo conductor, constituye un *corpus* complejo y consensuado, fruto de una elaboración colectiva y suficientemente coordinada mediante la que se evitan redundancias, fragmentaciones o contradicciones. Además, como novedad historiográfica nada desdeñable, al estudio de la lucha antipalúdica en la Península se añade la preocupación de los autores por extender la investigación al contexto colonial africano (Marruecos y Guinea), ofreciendo una dimensión de la sanidad española tan desconocida como interesante.

Los más diversos aspectos de la acción médico-social contra el paludismo quedan contemplados a lo largo de los siete capítulos del libro: Por un lado, en el plano de la organización y administración sanitaria, se analiza la creación de las diversas comisiones antipalúdicas que se van sucediendo entre 1920 y 1934, hasta la integración de la lucha antipalúdica en el Servicio Técnico de paludismo (en 1949) y, finalmente, los Servicios de epidemiología parasitaria (hasta la erradicación en 1963); asimismo, se dedican páginas muy interesantes al papel de los dispensarios, verdaderos observatorios contra el paludismo, y su extensión y funcionamiento desde la «experiencia piloto» de Talayuela en 1920-22. Por otro lado, el manejo terapéutico y profiláctico con quinina y con fármacos sustitutivos y la higiene ecológica —la lucha contra el vector—, son recogidas y analizadas en profundidad, poniendo de manifiesto las distintas estrategias utilizadas a un nivel u otro de la cadena de transmisión.

Son muchos los datos aportados en la obra que comentamos, y profundo el análisis que se hace de ellos. Lo que conviene, por encima de todo, es leer el libro, por eso no haré una descripción más o menos detallada de sus contenidos, sino una somera exposición/reflexión de lo que, en mi opinión, aporta de manera más notable a la historiografía médica

En primer lugar, al contrario que la tuberculosis, más ligada al proletariado urbano, el paludismo era una enfermedad rural que afectaba a amplios sectores del campesinado de la España latifundista; no es de extrañar que la actuación sanitaria contra la enfermedad se viera retrasada por esta circunstancia y que las primeras propuestas de intervención profiláctica o de tratamiento masivo con quinina se produjeran en el marco de unas coordenadas socio-económicas muy precisas que tenían que ver, precisamente, con la «modernización del latifundismo». La campaña antipalúdica española supuso el comienzo de la sanidad rural, concretada y ejecutada de manera parcial durante la segunda República y cuyo modelo se mantuvo durante el primer franquismo.

En segundo lugar, la campaña antipalúdica es la primera de las llamadas «luchas sanitarias» donde se reconoció el papel central de la formación especializada, a cuyo desarrollo se ajustó la dotación de plazas; formación en la que el laboratorio (parasitología, hematología) resultaba imprescindible, como el espacio técnico y científico garante de la ulterior acción sanitaria. Fue tam-

bién la primera de las luchas médico-sociales que se incorporó a la Dirección General de Sanidad y la única iniciativa de la Sanidad central que fue bien vista por la Fundación Rockefeller. Es muy posible que todo ello se debiera al carácter eminentemente científico de sus «patronos» y responsables, cosa que no ocurrió en otras luchas sanitarias, en cuyos patronatos —el antituberculoso, por ejemplo— figuraban miembros de la aristocracia y de la alta burguesía con intereses financieros. Además, lejos de la retórica, el diletantismo y el discurso moralizador presente en otras campañas, la antipalúdica se caracterizó por una serie de decisiones de intervención que se adoptaron sistemáticamente a partir de criterios epidemiológicos (demográficos, situación de la endemia, riesgo de epidemia, etc.), buscando siempre la colaboración de las autoridades y los médicos locales.

Una de las muchas virtudes del libro es la hábil integración a lo largo de toda la narración de hechos, escenarios y actores. Es obvio que la evolución de las estrategias antipalúdicas en España estuvo condicionada por los avances científicos y técnicos, pero también por los intereses de los profesionales y por determinantes económicos, políticos y sociales. Pero también tuvo nombres propios: Gustavo Pittaluga y Sadi de Buen son, sin duda, los pioneros y, en buena medida, artífices indiscutibles de la lucha antipalúdica en España, cuya labor y dedicación es reconocida y analizada por los autores de esta monografía.

Igualmente, se agradece que la investigación realizada no se detenga en el año 1936 o en el 1939, como hace buena parte de la historiografía médica española del siglo XX, sino que se prolongue hasta los años sesenta, llegando al momento de la erradicación de la malaria en España. El estudio de la lucha antipalúdica durante el franquismo permite a los autores establecer diferencias interesantes con lo acaecido antes de la guerra (téngase en cuenta que Pittaluga parte al exilio y Sadi de Buen es fusilado), sobre todo en lo que se refiere al manejo de criterios más políticos o legitimadores, como la mayor visibilidad de la intervención oficial (del Régimen) en las zonas más afectadas. También queda patente, a lo largo del estudio, la diferencia de documentación manejada para analizar el problema palúdico antes y después de la guerra civil. Las *Memorias* de la campaña antipalúdica, editadas por la Dirección General de Sanidad hasta 1936 constituyen, sin duda, una fuente preciosa para la investigación que no encuentra equivalente en la escasa documentación procedente del Servicio antipalúdico franquista. Esta circunstancia, de la que se resiente el conjunto del trabajo sin que ello sea achacable a los autores, pone de manifiesto una vez más las dificultades, ampliamente constatadas, de historiar la sanidad franquista.

Como ya he adelantado, una de las aportaciones más notables y novedosas del libro es la incorporación al estudio del contexto colonial africano. La falta de memoria histórica sobre el pasado colonial español del siglo XX resulta llamativa, siendo escasas las aportaciones dedicadas a las antiguas colonias africanas, y aún menos las que han abordado el papel de la ciencia y la medicina como instrumentos del poder colonial. Solo recientemente, algunos historiadores de la medicina españoles, como Jorge Molero, Rosa Medina, Isabel Jiménez Lucena o Francisco Martínez, están abordando con éxito la historia de la salud en estas colonias, incorporando el fecundo enfoque de los llamados estudios postcoloniales al ámbito español.

Aunque las intervenciones sanitarias, tanto en Marruecos como en Guinea Ecuatorial, respondieron siempre a los intereses políticos y económicos de la metrópoli, los «modelos» de colonización fueron diferentes. Mientras que en el norte de África la sanidad tuvo un papel de mediación y de atracción de los indígenas al modo de vida occidental; en Guinea, el modelo de colonización se caracterizó por la explotación de los territorios y el racismo hacia sus habitantes, siendo el interés sanitario mucho más limitado.

Estas diferencias se hacen también patentes al analizar las actuaciones antipalúdicas. Un ejército «con temblores», que debía ser tratado en el interior de los cuarteles, y la preocupación de las autorida-

des metropolitanas por impedir la importación de enfermedades a la Península, moduló en gran medida una actuación antipalúdica en Marruecos, que siempre careció de recursos suficientes, pero que desarrolló un discurso ideológico que pretendió construir un «factor indígena» como vector principal del paludismo. En Guinea, ante la idea racista de la menor gravedad de la enfermedad entre los indígenas y la posibilidad de proteger a la población blanca con quinina, así como un mayor interés de las autoridades sanitarias coloniales por la tripanosomiasis que por la malaria, la verdad es que no se puede hablar de una verdadera lucha antipalúdica, a pesar de ser una enfermedad de alta prevalencia debido a la alteración del ecosistema que produjo la tala masiva de árboles para extender la explotación agraria y a las penosas condiciones sociales y sanitarias impuestas por la política colonial.

Cabe decir, para terminar, que los capítulos dedicados a la España metropolitana (peninsular) han sido elaborados por Rosa Ballester, Esteban Rodríguez Ocaña y Enrique Perdiguero, y que los que abordan la problemática colonial están firmados por Jorge Molero —el dedicado a Marruecos— y por Rosa Medina —el de Guinea—. Sin embargo, independientemente de la tarea encomendada a cada investigador o investigadora y a la responsabilidad última que cada uno tenga en las distintas partes del texto, me parece importante reiterar la sensación de obra de conjunto, completa y coherente, que viene confirmar la solidez de los autores y la utilidad de los Proyectos coordinados.

La malaria se erradicó en España en 1963. En la actualidad es una enfermedad presente de manera endémica en África, Latinoamérica, Asia y Oceanía, constituyendo uno de los problemas de salud pública más importantes del planeta por su altísima morbilidad y mortalidad. En tiempos de globalización económica, el paludismo es un elemento (entre tantos otros) distanciador entre regiones del mundo desarrolladas y subdesarrolladas. Los autores de *La acción médico-social contra el paludismo en la España metropolitana y colonial en el siglo XX* ponen a nuestra disposición un magnífico libro de historia de la medicina, pero al mismo tiempo, analizando el caso español, nos facilitan elementos de reflexión muy importantes sobre las influencias, los intereses, las estrategias, etc., que, en el plano nacional y en el internacional, pueden interactuar —o no— en el intento de intervenir positivamente sobre los problemas de salud de la población.

Rafael Huertas

JOSÉ LUIS MALDONADO POLO, *La Flora de Michoacán, 1790-1791*, Morelia, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana, CSIC & Gobierno del Estado de Michoacán, 2004, 230 pp.

Para los historiadores de la ciencia que no estudiamos las expediciones científicas ilustradas, la lectura de un nuevo trabajo sobre este tema nos provoca irremediamente un sentimiento que bascula entre la admiración y la envidia, acompañado de cierta caída de baba y de un suspiro que podría traducirse del siguiente modo: «¡Ay! ¡Cuándo llegaremos a contar con trabajos de esta profundidad en nuestras respectivas áreas!». Algo parecido nos ocurría hace años con los trabajos publicados en *Isis* y en otras revistas extranjeras. ¡Qué doloroso era entonces volver a la realidad y asumir el retraso histórico de nuestra disciplina en España! Un retraso que poco a poco se ha venido atenuando, pero que seguirá presente hasta que no se cuente con el apoyo institucional adecuado; hasta entonces, los historiadores de la ciencia seguiremos siendo poco menos que piratas de la cultura o directamente exiliados en países con mayor sensibilidad hacia la historia de la ciencia. Pero, volviendo a las expediciones, los libros que

las relatan suelen contar además con el generoso aliciente de contener preciosas ilustraciones que convierten su lectura en un ejercicio visual de extraordinario agrado.

Las expectativas que, por todo lo dicho, nos generan estas obras sobre expediciones científicas se cumplen con creces en el libro objeto de la presente reseña, en el que se narran con detalle ciertos avatares de la Expedición Botánica a la Nueva España (en la actualidad México). Y no se podría esperar menos, habida cuenta de que proviene de la pluma del principal estudioso de esta expedición, José Luis Maldonado Polo, investigador del CSIC (Madrid). Con anterioridad ya nos había narrado Maldonado otros capítulos interesantes de la expedición, rescatando además los manuscritos que daban cuenta de sus resultados (viene a cuento recordar, en este sentido, la *Flora de Guatemala*, bellamente editada por Doce Calles, 1996). Siguiendo en la misma línea, en esta ocasión nos ofrece una descripción de la expedición a su paso por una de las regiones mexicanas más preciosas en cuanto a sus riquezas naturales: Michoacán.

La Expedición Botánica a la Nueva España (1787-1803) se organizó, como no podía ser de otra manera, con propósitos diversos. Desde luego no podemos pasar por alto el interés de la monarquía borbónica de reforzar su control sobre las colonias de ultramar; pero había también un interés puramente científico: conocer mejor estos territorios y de este modo completar la obra iniciada dos siglos antes por el protomédico Francisco Hernández. En la expedición participaron diversos naturalistas, colectores y dibujantes, algunos españoles y otros novohispanos; pero si debemos destacar tres nombres, sin duda estos serían los botánicos Martín de Sessé, promotor de la expedición y su principal responsable; Vicente Cervantes, que se haría cargo de la cátedra de Botánica establecida por la expedición en Ciudad de México (junto con un jardín botánico), y José Mariano Mociño, médico criollo que enseguida sobresalió como alumno de Cervantes, hasta el punto de ganarse su incorporación, en calidad de botánico, a la expedición. En los 16 años de herborizaciones por América, estos naturalistas recorrieron buena parte del continente, desde el archipiélago de las Vancouver hasta cerca de Panamá, incluyendo Cuba y Puerto Rico. Suman varios miles de kilómetros que les sirvieron para hacer acopio de un buen número de especies de plantas, muchas de ellas nuevas para la ciencia, realizar dibujos de las producciones naturales y tomar nota de los usos medicinales y del avanzado conocimiento botánico indígena.

De todo este periplo, insisto, el libro de Maldonado narra el paso de la comisión por los territorios de Michoacán, que tuvo lugar entre 1790 y 1791. La obra está organizada en dos partes. La primera es básicamente una descripción del viaje. El autor comienza por hacer una síntesis, por cierto muy clara, de lo que fue la ciencia española durante la Ilustración. A continuación nos ofrece una descripción muy concisa de la riqueza natural de México (que cuenta con el 10% de todas las especies biológicas que existen en el Planeta) y en especial del Estado de Michoacán, ofreciendo datos y ejemplos que ilustran bien no sólo el gran interés que podía despertar su estudio entre los naturalistas de la expedición, también —y sobre todo— el tremendo desafío que se plantearon estos naturalistas al pretender establecer una relación de su extraordinaria riqueza vegetal.

Después de ofrecernos un rápido viaje por la ciencia mexicana de la segunda mitad del siglo, el autor se detiene para describir el estado de la ciencia en Michoacán, en un capítulo muy afortunado que titula «Los reformadores ilustrados en Michoacán». En pocas páginas logra esbozar un convincente cuadro del contexto cultural michoacano, deteniéndose en las interesantes iniciativas científicas que se estaban llevando a cabo en la ciudad de Valladolid, la actual Morelia, en el momento en que los expedicionarios se establecieron en ella, tomándola como centro de sus exploraciones. En ocasiones fueron ciertas personalidades ilustradas de la ciudad las que los orientaron en sus itinerarios y hasta los acompañaron en algunas de sus salidas de herborización.

Termina esta primera parte con una minuciosa descripción de los itinerarios de las exploraciones por tierras michoacanas, que el autor logra recomponer a menudo recurriendo a datos de la

flora, relacionándolos atinadamente con los paisajes de las zonas, desentrañando a partir del conocimiento del medio lo que podrían haber sido los principales propósitos de los naturalistas en las diferentes etapas. Uno de los viajes sin duda más emocionantes habrá sido el ascenso al volcán del Jorullo, en el término de La Huacana, que emprendieron en agosto de 1790. El volcán había surgido de forma repentina treinta años antes, lo que había causado gran revuelo y despertado la curiosidad de científicos de buena parte del mundo.

Hasta aquí la primera parte. La segunda constituye casi dos tercios del libro. Está dedicada principalmente a la transcripción de las descripciones en latín de las plantas recogidas en Michoacán por el grupo expedicionario, a partir de los manuscritos hallados en el Real Jardín Botánico de Madrid. Además, cuando es posible, las descripciones van acompañadas del nombre actual de la planta, al que se ha llegado tras la revisión taxonómica de su ejemplar de herbario correspondiente. Esto hace que la obra no sólo resulte interesante desde el punto de vista histórico, sino también para cualquier estudio sobre la flora y vegetación de la región.

Para no extenderme interminablemente pasaré a señalar algunos aspectos de la obra que llamaron especialmente mi atención.

- 1) En primer lugar —ya lo he indicado—, me parece muy oportuno el modo en que está analizado el contexto. El autor hace un esfuerzo enorme por contextualizar la expedición en la realidad michoacana del siglo XVIII y principios del XIX. Este mérito adquiere un valor añadido si tenemos en cuenta que la historia de la ciencia mexicana está en general tocada por un exceso de centralismo, pues ha tendido a poner la lupa en Ciudad de México, en perjuicio de las iniciativas científicas emprendidas en provincias, a menudo de gran valor.
- 2) Hay que destacar también el modo en que el autor maneja las dos fuerzas culturales imperantes en aquellos momentos en el ambiente cultural de la Nueva España y en particular de Michoacán: la metropolitana (o peninsular) y la criolla. Y es que no debemos olvidar que la región michoacana fue cuna de buena parte de los insurgentes más activos en el proceso de Independencia. Aunque cabe integrar la expedición en la lista de proyectos promovidos por la Corona para acentuar su control sobre el territorio novohispano, no cabe duda que enseguida surgieron intereses e inquietudes comunes con la clase criolla —la incorporación de Mociño sería la manifestación más evidente, pero no la única—, que nos demuestra que la realidad es siempre más compleja de lo que suelen contar los manuales de Historia.
- 3) Un tercer aspecto que quisiera resaltar es la metodología que emplea el autor para abrirse paso en sus investigaciones. La historia es la ciencia de los matices: el menor detalle nos puede abrir una brecha para penetrar en otros espacios de la realidad que nos permitan comprender al ser humano desde nuevas dimensiones. En este sentido, Maldonado encuentra pistas que otros historiadores y científicos anteriores no vieron. Logra trazar itinerarios de las expediciones a partir de los datos florísticos. Logra dibujar un plan de objetivos y prioridades a partir de datos que hubiesen quedado probablemente para siempre en el olvido. Y esto lo consigue en virtud de sus conocimientos históricos pero también botánicos, ya que el autor comparte en su haber la profesión de historiador y de biólogo.

Ya para terminar, no quiero dejar de mencionar la esmerada edición de la obra, que incluye preciosas láminas de plantas procedentes de los acervos del Real Jardín Botánico de Madrid y del Instituto Hunt de Documentación Botánica de Pittsburgh, Pennsylvania. En definitiva, un libro más que recomendable no sólo para historiadores y botánicos, también para los que deseen adentrarse en una aventura que nada tiene que envidiar a las de ficción que tanto abundan en la literatura.

Francisco Javier Dosil Mancilla

MAURICE CLAVELIN, *Galilée copernicien. Le premier combat (1610-1616)*, Paris, Albin Michel, 2004, 600 pp.

No hace mucho se había reeditado el libro clásico de M. Clavelin, *La philosophie naturelle de Galilée. Essai sur les origines et la formation de la mécanique classique*, Paris, Albin Michel, 1996. Además de un nuevo prefacio y las correcciones imprescindibles, el profesor (hoy emérito de la Sorbona), añadía en su segunda edición una vasta bibliografía generada desde 1968, fecha de la aparición de su obra. En este mismo libro, notable y bien documentado, el capítulo II, «La tradition du XIV^e siècle», era una síntesis de las propuestas renovadoras de mediados de siglo sobre la física medieval y su posible influjo galileano; y le servían de inmediato a Clavelin para analizar los años preparatorios de Galileo (1589-1602); pero es el capítulo IV, «Constitution d'une cosmologie copernicienne», y sus consecuencias renovadoras inmediatas, la base fundamental y complementaria para la lectura de este nuevo trabajo suyo, *Galilée copernicien*, concluido en 2002, que ha sido editado hoy, como el precedente, en la célebre Biblioteca de la Evolución de la Humanidad.

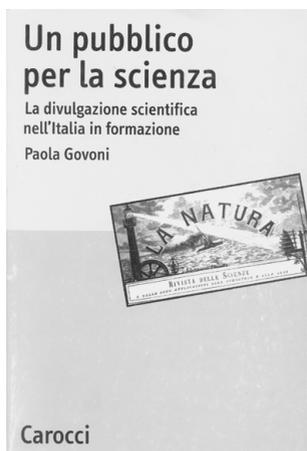
El libro es en general apto, como el autor dice, para todo público verdaderamente interesado por las constitución de las ideas modernas, dada su claridad y su hondo conocimiento. Y lo es asimismo por su forma abierta: de las seiscientas páginas de que consta, la mayoría corresponde a una amplia y rica antología de textos galileanos, escritos entre los treinta y cinco y los cincuenta años. Las cien páginas primeras son una sencilla introducción a lo que él quiere mostrarnos: no los aspectos del proceso al que se vio sometido sino al compromiso apasionado con Copérnico, que fue su camino desde 1610 hasta 1613, cuando cree entrever la victoria de la hipótesis heliocéntrica, y el que recorre luego, desde 1613 hasta 1616, cuando expresa su opinión copernicana y ve que los aires de su tiempo se mueven en contra de sus argumentaciones. Finalmente, incluye Clavelin un apéndice que recoge una ponencia suya, de 1983, sobre el racionalismo galileano, y al que se suman otros apéndices breves con otro par de contribuciones a ese campo.

En conjunto, el trabajo consta de la presentación de casi cuarenta textos, inéditos en su mayoría en francés (y también en castellano), que se ven traducidos de nuevo y anotados, así como reagrupados por el criterio expuesto del autor. Clavelin trata de situarlos en su contexto combatiente por la ciencia moderna (de ahí la presencia de escritos de Clavio u otros miembros del Colegio Romano, de Bellarmino o Castelli), a los que se añaden escritos muy científicos como su trabajo sobre las manchas solares, de 1612, o sus consideraciones sobre la opinión copernicana de 1615 (sólo disponibles desde 1882). Eso sí no faltan escritos ya conocidos entre nosotros, como ciertos documentos del llamado Santo Oficio, y también la famosa respuesta a Benedetto Castelli en diciembre de 1613, las dos misivas a Dini de 1615, con su *Carta a Cristina de Lorena* de ese año (Madrid, Alianza, 1987).

Galileo tenía todavía un cuarto de siglo por delante, en consecuencia faltaban la entrega del *Diálogo*, en 1632, sobre los dos sistemas del mundo, y sus *Discursos*, de 1638, sobre las dos nuevas ciencias; pero toda esta suma de datos que reordena *Galilée copernicien* aclara sus futuros grandes escritos.

Mauricio Jalón

PAOLA GOVONI, *Un pubblico per la scienza. La divulgazione scientifica nell'Italia in formazione*, Roma, Carocci, 2002, 350 pp.



La cultura científica edificada sobre el sustrato ilustrado por las sociedades burguesas de las épocas romántica y positivista del siglo XIX goza en la actualidad de excelentes estudios históricos, en los que cada vez más se tiene en cuenta el papel jugado por el público, no sólo en la difusión y recepción de dicha cultura, sino en su misma elaboración y evolución. Dichos estudios, sin embargo, proceden, preferentemente, de los países en los que esa cultura científica gozó del beneficio del éxito, del viento favorable del enriquecimiento capitalista nacido de la industrialización y de la explotación de imperios coloniales de nuevo cuño. En la Europa periférica desde el punto de vista de los considerados genuinos creadores de la cultura científica decimonónica, las tradiciones historiográficas han proyectado una larga sombra sobre ese período; obsesionadas por el abismo que parece abrirse entre sus países y los que se consideran protagonistas del progreso científico y tecnológico del siglo XIX, se han abocado generalmente a reflexiones jeremiacas sobre las razones

que llevaron a 'tomar con retraso el tren del progreso', o a perderlo una y otra vez hasta fechas muy recientes. Esta perspectiva ha resultado, en ocasiones, profundamente estéril a la hora de entender las características principales de la cultura científica, sus mecanismos de elaboración, la pluralidad de sus producciones en contextos muy variados y, en última instancia, las razones por las que se difunde, se recibe y se reelabora, contando con la activa participación de unos 'públicos de la ciencia' que, cada vez más, se erigen en una categoría de análisis imprescindible.

Aunque en ocasiones sujeta aún a alguno de estos prejuicios comparativistas, la obra que nos ocupa abre con mano firme —maestra en el uso de los mejores recursos del oficio de historiadora— un camino por el que, es de desear, discurrirán futuros estudios acerca de la aparición de 'un público para la ciencia' en contextos nacionales europeos distintos al británico, al francés o al alemán. Esperemos también que los muy interesantes resultados de este estudio del caso italiano estimule a otros a abordar del mismo modo el caso español, tan cercano en muchos aspectos al presentado aquí por la autora.

Paola Govoni se ha planteado un ambicioso programa de investigación, del que ella misma aclara que este libro es, en cierto modo, la piedra fundacional. El programa es ambicioso desde el principio, ya que comienza por no renunciar a abordar los antecedentes ilustrados de la divulgación científica (convengamos en adoptar, como ella misma hace después de explicarlo de modo convincente, la expresión más usual en nuestras respectivas lenguas, siendo conscientes de la carga semántica que conlleva, dado que no es éste el lugar para adoptar sin discutir alguna de las propuestas terminológicas alternativas como «vulgarización» o «popularización»).

Así, tras presentar y discutir un completo y actualizado panorama historiográfico, en el primer capítulo y los primeros epígrafes del segundo (pp. 15-42), pasa a abordar los orígenes de la divulgación científica en general y de la italiana, en particular (pp. 43-103). Desde las originales propuestas de la Ilustración italiana, como la de Francesco Algarotti (autor de *Newtonianismo per le dame*, 1737), o la de Giuseppe Compagnoni (autor de *La chimica per le donne*, 1796), a los proyectos anteriores a la *Unità*, como la *Nuova Enciclopedia Popolare* (1841-51) y el *Il Politecnico* de Carlo Cattaneo (1839-44) que, en su segunda etapa (a partir de 1859), enlaza ya con los primeros pasos del nuevo estado

unitario italiano. A la *scienza popolare* fruto de esos primeros pasos, dedica Govoni el tercer capítulo del libro (pp. 105-163) que entra así, en el núcleo fuerte de su investigación.

En efecto, los tres siguientes son, sin lugar a dudas, tres estudios monográficos ejemplares, esenciales para cimentar sólidamente la interpretación general defendida por Govoni, que comentaremos más adelante. El cuarto capítulo (pp. 165-205) está dedicado al papel jugado por Michele Lessona (1823-1894), médico y naturalista, traductor italiano de Darwin, pero también rector de la universidad de Turín, senador y concejal casi perpetuo de la capital piemontesa. Autor de *Volere è potere* (1869), «considerada junto a *Cuore* de De Amicis, la obra más vendida en Italia en la edad del progreso» (p. 167), Govoni se ocupa del conjunto de la labor divulgadora del personaje, incomprendible sin tener en cuenta la singular «empresa editorial» montada con su familia (empezando por Adele Masi, su mujer). La figura central del quinto capítulo (pp. 207-270) es, por el contrario, Paolo Mantegazza (1831-1910), «el antropólogo por antonomasia, poderoso senador del Reino, protagonista ininterrumpido de la crónica científica, social y editorial» (p. 207) del país en el medio siglo que va desde la *Unità* hasta su muerte. Si Lessona fue «sobre todo un profesor», como a él mismo le gustaba definirse, Mantegazza fue ante todo un «polígrafo», bajo la etiqueta que más se adecuaba a cada momento (periodista, novelista, higienista, fisiólogo, antropólogo); su infatigable trabajo publicístico fue el que le dio enorme notoriedad entre el público. El sexto capítulo (pp. 271-313) está dedicado a una de las empresas editoriales de Mantegazza, no precisamente la que gozó de mayor favor entre el público, pero sí la más interesante para sostener las tesis de Govoni acerca del fracaso final de la gran generación de divulgadores científicos italianos; se trata de la revista *La Natura*, publicada durante año y medio, desde enero de 1884 a junio de 1885, fundada y dirigida por Mantegazza y editada por Treves, editorial indispensable para entender la historia de la divulgación científica italiana. De hecho, la correspondencia entre Emilio Treves y Paolo Mantegazza, reconstruida por Govoni a partir de los fondos de la Biblioteca d'Arte del Castello Sforzesco, de Milán, y de la Biblioteca Nazionale Centrale, de Florencia, figura entre las fuentes más suculentas de las numerosos que la autora pone en conocimiento de los lectores, muchas veces por vez primera.

El séptimo y último capítulo (pp. 315-337) está dedicado a las conclusiones, aunque una buena parte de las mismas ha sido convenientemente adelantada por la autora a lo largo de los capítulos. La tesis fundamental del libro es que la divulgación científica conoció en Italia un espectacular momento de esplendor, seguido de una crisis aguda y de la práctica desaparición del género, al menos de las producciones salidas directamente de la comunidad científica italiana.

El auge coincidió con el primer ventenio del nuevo estado unitario (desde 1860 hasta mediados de la década de los 80) y estuvo protagonizado por una generación de autores y editores. Personajes que fueron partícipes, en su juventud, de los movimientos revolucionarios en torno a 1848, después, del fervor nacionalista en torno a la creación del estado unitario y, finalmente, implicados directamente en los cuadros dirigentes de las primeras andaduras del nuevo reino italiano, convencidos de la viabilidad de llevar la cultura científica a todo el país y a todas las capas sociales. Estos autores y editores, por distintos que fueran sus perfiles de partida incluso la evolución de sus posturas ideológicas, supieron encontrar un público para la ciencia entusiasta y positiva de los años sesenta y setenta, público que, más allá de las retóricas presentaciones de una ciencia «popular» y «útil», «para todos», estaba formado esencialmente por las capas burguesas urbanas de las principales ciudades del norte y centro del país. Ése fue el público entusiasta de la primera generación; el mismo público que volvió la espalda, desinteresado, en la generación siguiente.

El fracaso real de la alfabetización generalizada (la autora repasa las altas tasas de analfabetismo, sobre todo en el sur del país, hasta bien entrado el siglo XX), las dificultades de implantación de la escuela pública y de una mínima formación profesional, la escasa conexión de la industrializada región noroccidental con las regiones del sur, las resistencias clericales a los proyectos más o

menos teñidos de laicismo, son algunas de las causas apuntadas que ayudan a explicar la práctica desaparición de una literatura autóctona de divulgación científica. Pero para la autora, la causa inmediata del desinterés de autores, editores y público por el anterior esfuerzo divulgador fue la debilidad estructural de la comunidad científica italiana.

Aquí es donde, en nuestra opinión, debería comenzar la verdadera discusión, una vez que la autora ha puesto sobre el tapete un panorama tan rico, complejo, plural y problemático; sobre todo, insistimos, porque lo ha hecho de una forma clara, inteligente y sólidamente cimentada en las fuentes. Pero si, como ella misma afirma, es en el seno de la propia comunidad científica donde primero aparecen los medios, las estrategias y los espacios más oportunos para comunicar la ciencia (p. 40), el primer público receptor de esa comunicación son, desde luego, los propios científicos. Por eso *il fallimento* del sueño divulgador de Cattaneo, de Lessona o de Mantegazza es, desde luego, inapelable desde el punto de vista del resultado de la comparación entre sus objetivos explícitos y el panorama que dejaron tras de sí; pero quizá no lo es tanto desde el punto de vista de las posiciones ganadas por una comunidad científica italiana que —por débil y llena de dificultades estructurales que pueda parecer medida según el patrón británico o francés— estaba llamada a jugar un papel fundamental en la construcción del Estado italiano moderno (entiéndase la expresión en su más estricto significado); el papel de médicos, ingenieros, arquitectos, matemáticos, físicos y químicos italianos en el primer veintenio de historia de ese Estado (y en el segundo, y en el tercero) demuestra que esa comunidad respondió a una llamada que, sin duda, respondía a sus intereses. Por eso una pregunta, de las muchas que inteligentemente Govoni nos deja abiertas a la discusión y a las futuras investigaciones al respecto, es la de por qué esa comunidad científica dejó por el camino su interés por captar la atención y el entusiasmo de un público que, en los primeros años de su aparición en escena, tan bien le había respondido.

José Pardo Tomás

ARISTÓTELES, *Problemas*, Madrid, Gredos, 2004, 444 pp., tr. E. Sánchez Millán.

Al fin se traducen al castellano estos textos de complicada autoría, pues si bien su composición es posterior a la muerte del Estagirita (los últimos son de la mano de miembros más jóvenes de la Academia), éste se interesó por formular cuestiones sin duda similares; y en todo caso, conviene no olvidar que buena parte de la obra biológica de Aristóteles —siempre reordenada por otros— es una colección de datos o de materiales de discusión, carente de una estructura *fuerte*. En cualquier caso tiene indudablemente de interés —por su gran extensión, por sus relaciones con las *Parva naturalia*, por sus mil modos de abordar el mundo— para el conocimiento de la ciencia y el saber antiguos, o si se quiere de su «mentalidad helénica general», dado su uso constante por Cicerón, Séneca, Plinio, por un lado, y Plutarco o Galeno, por el lado de expresión griega.

Dejando de lado los temas melancólicos, que eran conocidos a través de una bella edición (Aristóteles, *El hombre de genio y la melancolía. Problema XXX, 1*, Barcelona, Sirmio, 1996), pero que sólo ocupan aquí diez páginas, disponemos ahora, pues, al fin de un conjunto muy variado de escritos sobre la medicina, el sudor, la embriaguez, la sexualidad, la fatiga, las posturas, la voz, los buenos y malos olores, la afición a las letras, la música y ciertas cuestiones matemáticas, así como la alimentación de todo tipo, los aires, el frío, el rostro (muy breves) y todo el cuerpo (incluyendo el color de la piel), con los órganos de los sentidos, tomados uno a uno.

Dado el peso naturalista de esos aspectos, el libro se conoció en la Antigüedad como *Problemas físicos*, pero no fue muy publicado a lo largo de los siglos medievales (aunque estuvieron latentes en discusiones seculares), hasta que el inicio de la modernidad, una vez más, cambia el ritmo de las recuperaciones. Así que destacaron desde el Renacimiento, en cambio, no sólo las citadas referencias a la melancolía (Huarte, Bright, Burton), sino también muchos de los restantes problemas; y hay múltiples aspectos que aparecen a ráfagas en las obras de Cardano o de Porta, así como de médicos españoles del siglo XVI, en sus distintos *cuestionarios*.

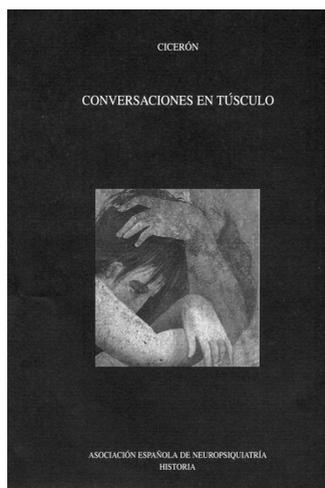
Baste con dar una muestra: «¿Por qué las partes de las plantas y de los animales que no son orgánicas son todas redondeadas, en las plantas el tallo y las ramas, y en los animales las piernas, los muslos, los brazos y el tórax? Ni el miembro completo ni una parte de él es triangular o poligonal. ¿Acaso, como decía Arquitas, es porque en el movimiento natural existe una relación de igualdad (pues todo se mueve proporcionalmente), y en esta relación es la única que vuelve sobre sí misma, de modo que produce círculos y curvas, cuando interviene?» (XVI, 9). La belleza de las preguntas (y de unas respuestas dadas a modo de preguntas asimismo, en su mayoría, como vemos), queda realizada por la bella traducción de Ester Sánchez Millán, y no resulta extraño que fascinaran a muchos autores de ensayos o de «jardines, silvas o florestas», como las de Mexía o Garzoni.

Finalmente, los *Problemas* nos remiten, por un lado, a la fantástica *Fisionómica* desde luego pseudo aristotélica (Gredos, 1999); pero también, por ciertos interrogantes matemáticos (secciones XV y XVI), muy sencillos, a una obra en cambio muy importante, 'su' *Mecánica* (Gredos, 2000), que pesó durante las décadas últimas del siglo XVI, cuando se recuperó para una cultura científica en vías de matematización.

Mauricio Jalón

CICERÓN, *Conversaciones en Túsculo*, Madrid, Asociación Española de Neuropsiquiatría, 2005, 222 pp., tr. Marciano Villanueva Salas.

Sorprende que no existiera una edición castellana de las citadísimas *Tusculanae Disputationes*. El inicio de este impresionante escrito nos sitúa en las preocupaciones personales de un maestro, y testigo lejano, de toda nuestra cultura: «Y dado que tanto los razonamientos teóricos como las enseñanzas prácticas de las ciencias relacionadas con la conducta recta están contenidos en el estudio de la sabiduría conocida bajo el nombre de *filosofía*, he juzgado oportuno darlo a conocer en la lengua latina, no porque no pueda alcanzarse el conocimiento de la filosofía a través de los escritos y de los maestros griegos, sino porque he tenido desde siempre la convicción de que los nuestros o bien han conseguido por su propio esfuerzo superar en sabiduría a los griegos en todos los campos o bien han mejorado los recibidos de ellos cuando han considerado que merecía la pena dedicarles sus esfuerzos». Parece sobresalir ya, con estas palabras, el *traductor* del saber anterior a la lengua latina en el momento previo a la máxima expansión, la que se llevará a cabo con el Imperio.



Sin embargo su biógrafo y especialista de la Roma antigua, Pierre Grimal, señaló que el pensador Cicerón no se revela en estas *Conversaciones* como un seguidor y estudioso de los griegos (así los estoicos y los epicúreos), que viniera sólo a reproducir dócilmente sus razones, para compararlas o refutarlas, ni tampoco aparece como un simple testimonio de la filosofía de los otros, de los «verdaderos» filósofos, sino que es alguien verdaderamente sabio y, sobre todo, capaz de experimentar *en su propio cuerpo* un principio capaz de animar la materia.

Si ello es así, no es de extrañar que ya Pinel, en el *Tratado médico-filosófico de la enajenación del alma*, señalara el peso de Cicerón como un mediador entre la sabiduría más antigua sobre las enfermedades anímicas males del alma y la psiquiatría contemporánea, según nos hace ver muy bien el excelente, por original e informado, prólogo de Fernando Colina («Cicerón en la psiquiatría»), que adorna a esta edición.

Las cinco partes del libro abordan temas bien elocuentes: situarse ante la muerte; hablar del cuerpo sufriente; abordar el alivio de la aflicción (o tratar el alma enferma); curar las pasiones; rozar la felicidad. Y es que está escrito por un dolorido Cicerón en el 45, dos años antes de su asesinato, en medio de las angustias que reflejan sus impresionantes *Cartas a Ático*. Así la fechada el 11 de marzo del 45, que es una epístola sobre el dolor (su hija acabada de morir de sobrepeso), hasta el punto de que estuvo obsesionado durante meses por construirla un santuario a su hija. La idea no se materializó; en cambio sigue escribiendo la *Consolación* de la que había hablado tres días antes —«el dolor supera a todo consuelo»—, y entre el verano y el otoño, Cicerón se vuelca en una intensísima actividad literaria («la escritura y la lectura no me alivian pero me aturden»), que incluye esta gran meditación sobre el dolor anímico: las llamadas también *Tusculanas*.

Otro fragmento, del inicio del libro III, nos aclara más su empeño: «si la naturaleza nos hubiera creado de tal índole que pudiéramos verla y contemplarla directamente, y nos fuera posible organizar de manera óptima el curso de nuestra vida, entonces no habría ninguna necesidad ni de aprendizaje ni de razonamientos. Pero nos ha concedido tan sólo débiles destellos que, deteriorados por nuestras malas costumbres y prejuicios, extinguimos tan de prisa que nunca aparece la luz de la naturaleza. Llevamos sin duda sembradas en nosotros, desde nuestro nacimiento, las semillas de las virtudes, y si las dejáramos germinar, la misma naturaleza nos llevaría a una vida feliz. Pero ahora, apenas venimos al mundo y somos aceptados, nos hallamos inmersos en un contexto de depravación continua y de opiniones totalmente absurdas, de suerte que, por así decirlo, mamamos el error ya con la leche de nuestras nodrizas».

Desde luego, pese a tanta crítica de sus defectos, destaca en Cicerón su falta de hipocresía, pues él expuso sus vacilaciones, debilidades y dolores con un lenguaje modernísimo y apasionado que resalta en esta versión del texto, debida a Marciano Villanueva. El lector tiene ya dos muestras de su calor y de su inteligencia.

Mauricio Jalón

ESTRABÓN, *Geografía, XI-XIV*, Madrid, Gredos, 2003, 666 pp., tr. M^a Paz de Hoz.

Esta es la primera traducción castellana de los libros XI-XIV del famoso trabajo de Estrabón, correspondientes a la geografía de Asia Menor. Para completarse el proyecto total, sólo faltan ya las versiones de los libros XV (India y Partia), XVI (el cercano Oriente) y XVII (Egipto, Etiopía,

África del Norte); por tanto, únicamente cabe esperar el remate de una recuperación fundamental para la cultura científica, como es la de su impresionante obra.

La *Geografía* de Estrabón es una decisiva recopilación que llevó a cabo este griego universal —sabio viajero y padre de esta rama del conocimiento—, muerto hacia el 24 de nuestra era, siendo ya nonagenario. La versión de los libros I-II se hizo por Gredos en 1991; correspondían a la maravillosa y ejemplar introducción a los principios de la geografía, disciplina que exige múltiples conocimientos (como dice y enumera su autor). Pero que además son dos libros valiosísimos, como fuentes para conocer a todo el saber geográfico precedente: las teorías del viejo cosmos de Hecatón, las mediciones de Eratóstenes, las experiencias de Hiparco, Polibio y Posidonio, el peso de la geometría de la esfera y el razonado uso de gnomon para la determinación de las distancias relativas.

Tras aparecer los libros III-IV (Iberia; Galia, Britania, Italia cisalpina), del año 1992, se detuvo la secuencia. Afortunadamente se ha corregido rápidamente en los dos últimos años; con dos decisivas entregas editoriales de 2001, centrales en su vida como heleno romanizado, pues son las correspondientes a la civilización mediterránea: V-VII (Italia central; Italia del sur y Sicilia; Centroeuropa hasta Macedonia); VIII-X (Grecia con todas sus islas), descripción donde reconoce a menudo el legado de los portulanos, los periplos y todo tipo de itinerarios. Se dispone, pues, ya de dos mil páginas de la única obra realmente conservada de Estrabón; y ello con la ayuda de un palimpsesto descifrado en el siglo XIX, pues su *Geografía* no fue precisamente una obra en verdad usada en el Medievo (de ahí la pérdida de posibles originales); y sólo se inicia su recuperación en el siglo XIV, a través del sabio matemático Planudes, y reforzada en el siglo XV por otro bizantino como Pletón, de modo que Aldo hizo pudo hacer la primera edición, veneciana, en 1516; fue luego fortalecida por la de Casaubon, a principios del siglo XVII.

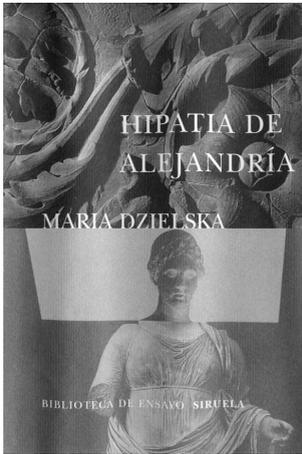
El territorio que ahora recorre aquí, XI-XIV, Estrabón es el que había delimitado Heródoto inicialmente con dos ejes: Egipto-India, por un lado; Persia y las zonas norteñas de este territorio. Sin embargo la conquista alejandrina había supuesto una considerable variación de escala. Y Estrabón, contemporáneo de Augusto, había viajado a menudo por Asia Menor, que fue su mundo más familiar, en sentido literal, hasta que se desplazó a la capital del Imperio; así que, en este caso, pudo dar cuenta de conocimientos de primera mano.

No olvidemos además —antes de abrir sus páginas llenas de detalles variados— que, en general, a sus consideraciones antropológicas y urbanas se unen referencias a la agricultura o la ganadería (destacando la apicultura, tan famosa entonces), así como a la pesca y los minerales, sobre todo a los metales preciosos: es un compendio del saber sobre la humanidad que va desde la geografía matemática hasta la geografía *más humana*, por así decirlo.

Mauricio Jalón

MARÍA DZIELSKA, *Hipatia de Alejandría*, Madrid, Siruela, 2004, 160 pp.

En estos últimos años se ha dado un giro a la biografía sobre la filósofa-científica, asesinada por integristas cristianos, que —para muchos— marcaría el fin de la cultura antigua: es decir el final de una *lengua* (si nos atenemos al latinismo a ultranza de Agustín, preludeo de la historia futura europea), de una ciencia matemática y astronómica o también naturalista (dado el alejamiento de la botánica por la cristiandad, tras la prohibición radical de las flores), de una suma de ideas



fundamentales sobre la libertad individual y la conducta colectiva desarrolladas durante más de ochocientos años.

Prueba de ello es la *Hipatia de Alejandría* de esta especialista en historia antigua, que trabaja en Cracovia. Maria Dzielska ofrece en efecto una novedosa valoración y una equilibrada visión de los hechos, basándose en sus revisiones de la literatura antigua (con muchas fuentes cristianas) y de los mejores trabajos sobre Hipatia (destaca aún el de Meyer, *Hypatia*, Heidelberg, 1886). Su libro, por ello, está articulado en una primera exposición sobre la literatura moderna acerca de Hipatia (Toland, Voltaire y Gibbon; pero cabría añadir a los enciclopedistas, a Condorcet), seguidos en el siglo del progreso por Leconte de Lisle, Kingsley, etc., hasta un Russell, que recuerda el linchamiento de Hipatia en una época de fanatismo letal para la filosofía y las ciencias. Esta presentación le sirve para adelantar la reiteración de datos y epítetos, así como el uso de clichés históricos, al recordar como fue vista en el futuro esa mujer ejemplar.

Dzielska a continuación hace un balance extraordinario sobre el círculo de los estudiantes de la hija de Teón, matemático insigne —comentarista de Euclides y del *Almagesto* ptolemaico, en buena medida con su hija, gran colaboradora suya—. Nos va mostrando, sobre todo tras las huellas de Sinesio de Cirene, cómo en el núcleo de oyentes de la filósofa hay buen número de cristianos de amplios vuelos, de modo que el esfuerzo mental y la idea contemplativa de esta Hipatia neoplatónica estarían compartidos por diversos tipos de personas, hasta el punto de que la propia Hipatia en cierto sentido se acercaría a determinado ordenamiento espiritual del nuevo ideario, a su vez mezclado con un platonismo especulativo, como se percibe en tantas figuras de transición de los siglos IV-V. Ya que hoy disponemos de los *Tratados* y de las *Cartas* de Sinesio (Madrid, Gredos, 1993 y 1995), nos resulta fácil cotejar paso a paso lo sugerido por la autora, y poder adivinar mejor los rasgos de Hipatia, que no lo olvidemos, siempre vistió —literalmente— el manto filosófico de los sabios antiguos.

Ello nos conduce a la parte final: Dzielska, aguda y excelente escritora, adelanta el nacimiento de Hipatia, de modo que al morir en marzo de 415 tendría sesenta años (y no sería precisamente una joven); pero sobre todo hace una densa y magistral biografía de Hipatia, mostrando muy bien, junto con historiadores de la ciencia escogidos, cuál pudo ser su actividad en la estudiosa y científica Alejandría, cuáles eran sus relaciones con el poder imperial, y cómo se alineó con quienes intentaron oponerse a Cirilo, obispo deseoso de reducir al máximo el campo de acción del poder civil.

Significativamente, tras una expulsión global de los judíos alejandrinos, y tras una acusación de magia —bien detallada por Dzielska— a nuestra matemática (dado ese halo esotérico que rodeó a parte de la ciencia de Alejandría), Cirilo, indirecta o directamente, lanzó a un grupo de jóvenes fanáticos de choque (tenían 800 *parabolanos*), a cazar, mancillar, despiezar y quemar el cuerpo de Hipatia, como modo de exponer su oposición al representante imperial, un cristiano muy civil, Orestes.

Por supuesto que resulta inquietante esa imagen imperturbable —hace mil seiscientos años— de intransigencia clerical, de racismo, de fuerza paramilitar, de humillación de la ciencia, y más en una representante tan egregia y depurada. Esto no está dicho por Dzielska, investigadora cabal que se mantiene en una posición interpretativa más bien moderada; pero justamente por ello, aunque bien matizadas todas las grandes oposiciones (paganos / cristianos, ciencia / religión, hermosura corporal / sequedad ascética, filósofos / monjes) que se habían utilizado normalmente para hablar de Hipatia, destaca su visión final del teólogo Cirilo tan reconocido luego como autoritario, ambicioso del poder y despiadado fue. Pues muestra Dzielska, sin resaltarlo nunca, cómo el fanatismo tiende siempre a

oponerse a los funcionarios municipales, aunque allí fuesen ya en su mayoría cristianos; en suma, tiende a enfrentarse con los representantes plurales de la ciudad en todos los tiempos.

Mauricio Jalón

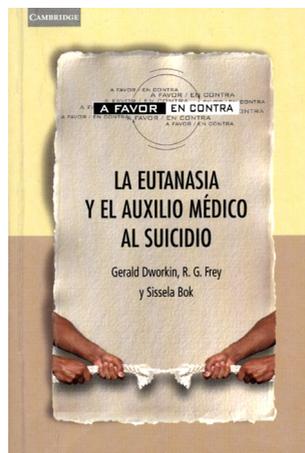
G. DWORKIN, R.G. FREY, y S. BOK, *La eutanasia y el auxilio médico al suicidio*, Madrid, Cambridge University, 2000, 166 pp.

En muchas ocasiones, el debate ético sobre la eutanasia (en nuestro país y en tantos otros) no ha ido más allá de una lucha sorda de ideas preconcebidas que, lejos de aportar alguna luz, ha oscurecido torpemente los caminos del consenso. Ante esa perspectiva, obras como ésta constituyen siempre un ejemplo alentador para un debate más sereno. Aquí los argumentos se analizan, se sopesan y se diseccionan insistentemente hasta dejarlos desprovistos de cualquier adorno retórico o de cualquier sombra falaz. Dworkin, Frey y Bok han sabido realizar un ejercicio de honestidad reflexiva al revisar tanto la solidez de los propios argumentos como la oportunidad de las posibles objeciones.

La eutanasia y el auxilio médico al suicidio es fundamentalmente eso: una surtida panoplia de argumentos, refutaciones y contraargumentos sobre las conveniencias de una despenalización y sus requisitos, siempre a la luz de la dignidad humana y tras la experiencia de algunos países donde ya se han dado pasos legales en este sentido. Los filósofos Dworkin y Frey son partidarios de ofrecer caminos de legalidad a los enfermos que desean morir y solicitan ayuda médica para abandonar este mundo con la dignidad requerida. La especialista en bioética Sissela Bok duda, en cambio, de que la legalización sea el camino que garantice una atención integral y humana a estos pacientes, y advierte de los posibles abusos y errores que, sin duda, pueden darse en su aplicación.

El prólogo a la edición española, a cargo del profesor Núñez Paz, de la Universidad de Salamanca, va más allá de la habitual presentación cortés para convertirse en una excelente guía histórica del conflicto entre el derecho del paciente a la autodeterminación y la tradicional protección jurídico-penal que hemos brindado a la vida humana, una panorámica que abarca desde los criterios inspirados en una ética de raíz teológica (judía, cristiana o musulmana) hasta las aportaciones laicas de la Revolución Francesa, los principios que recoge nuestra Constitución o la polémica interpretación del artículo 143.4 del Código Penal, con su paralelismo alemán del llamado «homicidio a petición» (*Tötung auf Verlangen*).

Abre el libro la argumentación de Dworkin, que se centra en el análisis de las objeciones ya clásicas del Dr. Leon Kass, actualmente asesor del presidente Bush en materia de bioética. Gerald Dworkin valora el peso que debe suponer el respeto a la libertad y autonomía del paciente o la natural compasión por situaciones vitales tan llenas de sufrimiento y sinsentido que pueden llegar a ser, al menos para el enfermo, peores incluso que la muerte misma. También para el médico, este



tipo de situaciones obligará a un replanteamiento de la propia naturaleza y objetivos de la Medicina, que, más allá del simple acto curativo y preservador de la vida, se vería en la necesidad de asumir también entre sus funciones una cierta gestión de la muerte.

La completa argumentación de R. G. Frey, profesor de Filosofía en la Universidad de Bowling Green, intenta demostrar la gran proximidad —si no solapamiento manifiesto— entre los distintos modos de plantear la asistencia médica a los enfermos terminales y lo artificial de las fronteras tradicionalmente asumidas entre la eutanasia voluntaria activa (el médico administra un tratamiento mortal al paciente, a petición de éste), la eutanasia pasiva (el médico deja que la enfermedad siga su curso natural, retirando los mecanismos artificiales de soporte vital), la eutanasia pasiva por efecto colateral (el médico administra medios para aliviar el sufrimiento a sabiendas de que van a acelerar el proceso de la muerte) y el auxilio médico al suicidio (el médico proporciona al paciente un medio eficaz para que éste pueda suicidarse con garantías). Para Frey en todos los casos el médico y el paciente actúan juntos y las distinciones obedecen más a criterios intencionales subjetivos —o a los puramente causales de quién actúa en último lugar— que a planteamientos morales en sentido estricto.

Por último, Frey analiza los argumentos denominados «catastrofistas» o *slippery-slope-thesis* (es decir, las objeciones de la «pendiente resbaladiza» o del «por ahí se empieza») sobre los riesgos sociales de la despenalización, particularmente los que han sostenido John Arras y el movimiento denominado *New York State Task Force on Life and the Law*, entre los que pueden citarse: la influencia de situaciones depresivas en el paciente que, de ser convenientemente diagnosticadas y tratadas, podrían replantear muchas peticiones formuladas en momentos de decaimiento anímico, la vulnerabilidad de los discapacitados y de los grupos socialmente marginados, la posibilidad de que algunos pacientes interpreten esta puerta de legalidad como una dirección obligatoria o la facilidad con que una norma así pudiera llegar a extenderse también a pacientes no capacitados o no terminales. Sea como fuere, no parece justo, a juicio de Frey, negar el derecho a terminar dignamente con su vida a los pacientes que sí cumplen los requisitos mínimos exigibles (solicitud reiterada por parte de un enfermo terminal irreversible, sufriente, pero capacitado e informado) sólo por proteger de hipotéticos abusos a aquéllos que no los cumplen.

Sissela Bok realiza dos aportaciones muy clarificadoras al debate. La primera es de carácter didáctico: una exposición sinóptica muy ilustrativa para analizar los seis posicionamientos éticos posibles ante el problema de asumir o no el suicidio o el homicidio como norma ética. La segunda es una advertencia muy sólida sobre los riesgos de exportar con garantías el modelo legislativo holandés a otras sociedades, especialmente a aquéllas cuyo perfil sociosanitario permita prever razonablemente la realidad de abusos e irregularidades en la aplicación de la ley. Tal sería el caso de países con un precario sistema de atención sanitaria a los ancianos, con manifiesta presión demográfica, con claros antecedentes de control estatal en las decisiones sobre el nacimiento y la muerte, con altos índices de violencia social y/o doméstica, o en donde no exista la figura cercana del médico de cabecera que conoce y actúa terapéuticamente en el ámbito familiar y personal del paciente. De este modo, abrir vías de legalización de la eutanasia en países concretos como China, Colombia, Suráfrica o Rusia constituye una temeridad social de previsible consecuencias. Tampoco los Estados Unidos, con su sistema de salud elitista y poco igualitario, constituyen, a juicio de Bok, el paradigma para una legalización con garantías. Los enfermos en fase terminal quedarían pronto a merced de los programas de reducción de costes o, en aras de una falsa autodeterminación, se verían presionados a anticipar su muerte para no convertirse en una carga económica familiar. En contraposición a Frey, para Bok el debate ético sobre la eutanasia puede y debe deslindarse muy claramente del auxilio médico al suicidio.

Pocas objeciones se pueden hacer a esta obra. Quizá se echa en falta la figura de un moderador o un coordinador del debate, que hubiese evitado a veces cierta reiteración argumental por parte de

los tres autores y hubiera proporcionado una mayor coherencia dialogística al conjunto. Respecto a la traducción de Carmen Francí —por lo demás intachable— cabría igualmente proponer la sustitución del término *auxilio médico al suicidio*, que adolece en español de cierta rima cacofónica, por otro como *ayuda médica al suicidio* o, más sencillamente, *suicidio asistido*. Bien es verdad que en la bibliografía internacional no existe todavía un término suficientemente generalizado en el uso y coexisten expresiones como *physician-assisted suicide*, *support for voluntary death*, *assisted suicide*, *Beihilfe zur Selbsttötung*, *Freitodbegleitung*, *suicidio asistito* o *aide au suicide*.

Si bien, desde la publicación de esta obra hasta hoy, algunos países como Bélgica han aprobado ya propuestas de reglamentación jurídica, la controversia ética sobre la eutanasia y el suicidio asistido persiste en la misma complejidad argumental que aquí se expone. No obstante, sí podríamos decir que existe un consenso manifiesto al menos en cuatro cuestiones sobre las que los gobiernos nacionales y las autoridades sanitarias podrían comenzar a desarrollar ya un trabajo efectivo, a saber: la necesidad de tratar el dolor de modo adecuado en estos pacientes, la necesidad de implicar a la familia en las responsabilidades y decisiones que deban tomarse, la conveniencia de un documento que recoja los deseos anticipados del paciente relativos a su modo de morir y, finalmente, la necesidad de estimular el desarrollo de los Cuidados Paliativos como medio de atención en la práctica asistencial y como un objetivo más de la formación médica.

En definitiva, la obra de Dworkin, Frey y Bok es la exposición contrapuesta y equilibrada de dos pareceres, de dos actitudes éticas no coincidentes en las conclusiones pero sí en los planteamientos, porque ambas proceden del mismo esfuerzo reflexivo y participan de la misma actitud empática respecto a los enfermos; ambas buscan también una argumentación inteligible para todos y una fundamentación moral exenta de prejuicios ideológicos que nos permita comenzar a adoptar posturas ante un problema tan complejo. En fin, un ejemplo de lo que debería ser un debate ético civilizado, un libro útil para estos tiempos de palabras desenvainadas que muchas veces sólo logran aportar ardor y confusión allí donde todos deseáramos encontrar, precisamente, un poco más de luz.

Juan V. Fernández de la Gala

CLAUDE DEBRU, con la colaboración de Pascal Nouvel, *Le possible et les biotechnologies*, Paris, Presses Universitaires de France, 2003, 440 pp.

No es la primera vez que ofrezco a la atención de nuestros lectores los resultados del trabajo intelectual de Claude Debru («Historia y filosofía del ser vivo». *Asclepio*, LVIII-1, 2001, pp. 313-318). Como señalé en el texto citado, sus aportaciones son muy valiosas para hacer una historia de la medicina y de las ciencias de la vida realmente abierta, viva —pues nos permiten asomarnos con rigor a lo más reciente—, así como para salvar el hiato, a menudo sólo artificial, entre historia de la ciencia y filosofía de la ciencia. Tal es, una vez más, el caso. Pero, además, el libro objeto de recensión se ocupa también de cuestiones morales —lo que perfectamente podría llamarse bioética—, y sociopsicológicas, si se me permite el uso de tal vocablo. Por ello, y por la manera de tratar los temas, creo que nos encontramos ante un libro muy valioso.

La obra se presenta en perspectiva filosófica -no en vano es esa la formación original de su autor- con una extensa reflexión sobre lo posible que aproxima esta noción a la de «lo real», aunque no siempre a la de «lo realizable», pues entre lo que es posible y lo que llega a ser real se sitúan las categorías

de necesidad y contingencia; y en el campo de las ciencias de la vida es de sobra sabido que el territorio de lo posible está surcado por el azar y el «caos determinista». Esta amplia introducción teórica tiene que ver con el hecho de que, en el mundo natural, hasta hace poco tiempo sólo se podía hablar de lo posible en términos de «evolución biológica». En cierto sentido, el estudio de los factores condicionantes —huyo de decir «determinantes»— de la evolución planteaba *qué* era posible, cuál era el horizonte *posible* de una futura evolución; o dicho con más precisión, del futuro de la evolución.

Pero recientemente ha entrado en juego la noción de «evolución tecnológica», pues lo que las biotecnologías mencionadas en el título han hecho factible es, precisamente, una cierta realización dirigida de lo posible. De entrada, Debru plantea como una falacia la concepción excesivamente unilateral del predicado «tecnológica» aplicado a la evolución, pues la tecnología es —nos parece escuchar aquí resonancias del pensamiento de Edgar Morin, aunque quizá se trate del viejo Monod— un resultado de la evolución. Por otra parte, como ya puso de relieve François Jacob, el «bricolaje tecnológico» no es sustancialmente diferente del «bricolaje evolutivo» natural. Así, la separación radical entre una evolución «natural» y otra «artificial» constituiría un falso problema —o una falsa solución—. Lo que no significa que no exista un problema, o muchos, y de gran calado, que se van mostrando en capítulos sucesivos en la perspectiva, tan característica de este discípulo de Canguilhem, a la vez filosófica e histórica, de manera que resulta factible considerar *Le possible et les biotechnologies* como una excelente historia de un capítulo fundamental de las ciencias de la vida hasta comienzos del siglo XXI: el que arranca de la biología molecular, pasa por la ingeniería genética, desemboca —provisionalmente— en la terapia génica (capítulo redactado por Pascal Nouvel) y se abre, por fin, a «la expansión de las biotecnologías» (capítulo quinto y último), donde se tratan, por ejemplo, cuestiones como la clonación de embriones humanos, y se certifica la defunción de los bienintencionados acuerdos surgidos de las famosas conferencias de Asilomar —tratadas previamente en el capítulo tercero—, que confiaban en la regulación de la ciencia y de sus implicaciones éticas por parte de la propia comunidad investigadora. Esta que podría llamar parte central del libro —los capítulos III, IV y V— resulta especialmente apasionante para el historiador, lo cual, por otra parte, en la perspectiva general del libro, constituye un argumento mayor a favor del análisis histórico *también* en perspectiva filosófica.

Uno de los principales problemas detectados por el autor es la falta de información correcta acerca de estos temas entre el común de los mortales, lo cual es especialmente sensible en una situación como la señalada, en la que los científicos ya no pueden dar respuestas en solitario a los problemas antropológicos y morales suscitados por el uso de las biotecnologías, necesiándose un amplio consenso social que implica —que exige— la adaptación de todos los agentes a un horizonte inédito y cargado de dificultades. En esta perspectiva, obras como la que reseñamos deberían verse complementadas por otro tipo de intervenciones divulgativas; pero esto desborda los márgenes de la recensión y del propio libro.

El estudio se cierra filosóficamente —nunca, insisto, ha dejado de ser un libro de filosofía— con una «Conclusión. El porvenir de la naturaleza humana: a partir de Jürgen Habermas», que en esencia es una revisión de los postulados del filósofo alemán contenidos en *El futuro de la naturaleza humana. ¿hacia una eugenesia liberal?* (2001, trad. esp. 2002). Debru suscribe todas las cautelas y temores de Habermas, pero concluye su reflexión sosteniendo, para lo que se apoya en el Platón de las *Leyes*, que el futuro debe construirse a la vez desde la confianza y desde el temor. Es decir, solicitando del lector, y sobre todo de los investigadores que puedan tomar en consideración su obra, una actitud alerta: una actitud filosófica.

Luis Montiel

MANUEL JOSÉ DE LARA RÓDENAS, *José Isidro Morales, un Matemático en la Corte de Carlos IV*. Con la edición facsímil de la Memoria matemática sobre el cálculo de la opinión en las elecciones y de su Apéndice, Universidad de Huelva, 2001, 54 + 31 pp.

MIGUEL MARTÍNEZ PANERO, JOSÉ LUIS GARCÍA LAPRESTA, *José Isidoro Morales, precursor ilustrado de la teoría de la elección social*. Edición facsímil de la Memoria Matemática sobre el Cálculo de la Opinión en las Elecciones (1797) y Apéndice (1805), Universidad de Valladolid, 2003, 37 + 33 pp.

Nacido en 1758, en Huelva, fue José Isidoro Morales un olvidado clérigo que frecuentó instituciones ilustradas, como la Academia de Buenas Letras y la Sociedad Económica de Sevilla, también los Reales Estudios de San Isidro, siendo también ayo de los pajes del rey Carlos IV. Liberal afrancesado, sufrirá el destierro con el rey José, muriendo y siendo sepultado en París. En efecto, su estudio matemático de la elección social, no era útil en la época del temido rey Fernando. Es interesante esta aportación a la contribución de las matemáticas al estudio de la sociedad, en línea con lo que en

Francia se estaba haciendo, como es el caso de Condorcet. Las matemáticas se muestran en el XVIII con un gran potencial científico, cultural y técnico. Desde los libros de Tomás Vicente Tosca,

estudiado por Víctor Navarro, a los de Juan Justo García, biografiado por Norberto Cuesta, esta ciencia ha salido de los libros mostrando su utilidad y atractivo. Se edita ahora por las universidades de Huelva y Valladolid el libro del preceptor de los pajes, con muy interesantes estudios, que muestran el interés de esta olvidada pieza de la ciencia española de la Ilustración. Tuvo repercusión, así en Francia fue traducido y editado, ahora sigue siendo un texto de gran valor.

José Luis Peset

